

## La sabiduría de Sileno



- Arthur Schopenhauer
- Henri Roorda
- Hermann Hesse
- Cyril Connolly
- Bruno Frank
- Antonio Delhumeau
- Esther Seligson
- Hugo Alfredo Hinojosa
- Citlali Marroquín
- José de la Colina
- Guillermo Rubio

### Poemas

- Novalis
- Jorge Cuesta



FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA

libros • librerías

# Antropología del cerebro

## La conciencia y los sistemas simbólicos

### Roger Bartra



Este libro expone, desde el punto de vista de un antropólogo, los extraordinarios avances de las ciencias dedicadas a explorar el cerebro humano. El ensayo pretende ser un viaje al interior del cráneo en busca de la conciencia, o al menos de las huellas que deja impresas en las redes neuronales.

“(La obra) tiene el mérito enorme de presentar una teoría híbrida que efectivamente se adentra desde la antropología a la neurociencia y exhibe una información en las ciencias del cerebro que pocos neurocientíficos abarcan.”

*Letras Libres.*

FILOSOFÍA

Compra en librerías y en línea: [www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

# Sumario

Paraíso encontrado	3
<i>Jorge Cuesta</i>	
Anhelos de la muerte	3
<i>Novalis</i>	
Sobre el suicidio	4
<i>Arthur Schopenhauer</i>	
Últimos pensamientos antes de morir	7
<i>Henri Roorda</i>	
Regalo en sueño	9
<i>Hermann Hesse</i>	
La representación como ansiedad de poder	11
<i>Antonio Delbumeau</i>	
La tercera del Goyo y también la coneja	15
<i>Guillermo Rubio y de Vizcarrondo</i>	
El trance de Chamfort	18
<i>Cyril Connolly</i>	
Chamfort refiere su muerte	19
<i>Bruno Frank</i>	
Amarás a tu prójimo	22
<i>Esther Seligson</i>	
Iluminaciones [o]	24
<i>Hugo Alfredo Hinojosa</i>	
El suicidio de la sociedad	27
<i>Citlali Marroquín y Luis Alberto Ayala Blanco</i>	
Mil palabras de paso a Fernando del Paso	29
<i>José de la Colina</i>	
El mandarín de Eça de Queirós	31
Por <i>Alberto Arriaga</i>	



Ilustraciones de Francisco de Goya, tomadas del libro *Goya y el espíritu de la ilustración*, editado por el Museo Nacional del Prado.

Ilustración de la página 16, *Jorge del Ángel*.

**Directora del FCE**  
Consuelo Sáizar

**Director de La Gaceta**  
Luis Alberto Ayala Blanco

**Editor**  
Moramay Herrera Kuri

**Consejo editorial**  
Sergio González Rodríguez, Alberto Ruy Sánchez, Nicolás Alvarado, Pablo Boullosa, Miguel Ángel Echegaray, Martí Soler, Juan Carlos Rodríguez, Joaquín Díez-Canedo, Citlali Marroquín, Paola Morán, Miguel Ángel Moncada Rueda, Geney Beltrán Félix.

**Impresión**  
Impresora y Encuadernadora Progreso, SA de CV

**Formación**  
Ernesto Ramírez Morales

**Versión para internet**  
Departamento de Integración Digital del FCE  
[www.fondodeculturaeconomica.com/LaGaceta.asp](http://www.fondodeculturaeconomica.com/LaGaceta.asp)

*La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* es una publicación mensual editada por el Fondo de Cultura Económica, con domicilio en Carretera Picacho-Ajusco 227, Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, Distrito Federal, México. Editor responsable: Moramay Herrera. Certificado de Licitud de Título 8635 y de Licitud de Contenido 6080, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de junio de 1995. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* es un nombre registrado en el Instituto Nacional del Derecho de Autor, con el número 04-2001-112210102100, el 22 de noviembre de 2001. Registro Postal, Publicación Periódica: PPO9-0206. Distribuida por el propio Fondo de Cultura Económica.

**Correo electrónico**  
[moramay.herrera@fondodeculturaeconomica.com](mailto:moramay.herrera@fondodeculturaeconomica.com)

El verdadero tema de todos los tiempos, como bien señaló Camus, es si debemos seguir con vida o no, o, para ser más exactos, si debemos acabar o no con nuestras vidas por voluntad propia. En efecto, el suicidio es visto como un acto maldito, pero nadie puede dar razones de peso para considerarlo de esta forma. Es un hecho que todos vamos a morir, unos antes, otros después..., nadie se salva. Apresurar nuestra propia muerte parece un acto no sólo racional, sino incluso humanitario. Racional porque se busca la consecución lógica de cualquier comienzo, es decir, su fin. Humanitario porque uno de los principios básicos del humanitarismo es impedir que los hombres sufran a lo largo de sus existencias, y si partimos del hecho, no muy difícil de comprobar, de que la vida va del dolor al aburrimiento y del aburrimiento al dolor, pues entonces el suicidio se perfila como la panacea de todos los males. Sin embargo, el apego a la vida, que podría parecer un anhelo irracional, impera. ¿Por qué? Simplemente porque la vida es algo que también se puede disfrutar al máximo, algo cuya afirmación provoca placeres inenarrables, que opacan la sombra del dolor que se cierne sobre nuestras cabezas desde la primera bocanada de aire que entra a nuestros pulmones. Así, contamos con aquellos que consideran elemental salir de este mundo lo antes posible, como el sabio Sileno al arengar al rey Midas cuando éste le pregunta ¿qué es lo mejor para el hombre?, “lo mejor de todo —le contesta Sileno— es totalmente inalcanzable para ti: no haber nacido, no ser, ser nada. Y lo mejor en segundo lugar es para ti —morir pronto”. Pero también están los que consideran necesario prolongar la vida a como dé lugar, argumentando que el máximo regalo que podemos tener es estar vivos. En realidad, ambas posturas no tienen por qué entrar en conflicto. La solución a esta supuesta oposición es una cuestión de interés y de gusto. Para algunos el suicidio es la solución, mientras que para otros la vida es el camino a seguir. El problema comienza cuando una de las partes intenta oponerse a la otra. Generalmente los amantes de la vida imponen su parecer sobre el resto —difícilmente pasa al revés. Entonces el suicidio es ungido con el epíteto de *maligno*, cuando para muchas personas la palabra más bien sería *salvador*. No se trata de emitir juicios sobre quiénes tienen la razón y quiénes están equivocados. Eso lo decide cada uno en lo más profundo de sí mismo.

*La Gaceta*, en este número, presenta algunos textos con una visión lúdica y liviana del pensamiento suicida: Schopenhauer, Roorda, Connolly, Frank. Sin embargo, el suicidio es el pretexto para pasar a otros temas que también mantienen en vilo la respiración de los hombres. Delhumeau nos explica cómo los padres proyectan sus frustraciones sobre los hijos. Seligson e Hinojosa nos deleitan con sus espléndidas prosas, que parecen emerger de las entrañas mismas de la desesperación. Rubio nos muestra el lado más sombrío de la humanidad que tanto aclamamos. En fin, las afecciones con las que lidiamos todos los días están aquí, en esta *Gaceta*, con el único fin de continuar afirmando la vida, incluso en caso de que decidamos acabar con ella. ■

# Paraíso encontrado\*

JORGE CUESTA

Piedad no pide si la muerte habita  
y en las tinieblas insensibles yace  
la inteligencia lívida, que nace  
sólo en la carne estéril y marchita.

En el otro orbe en que el placer gravita,  
dicha tenga la vida y que la enlace,  
y de ella enamorada que rehace  
el sueño en que la muerte azul medita.

Sólo la sombra sueña, y su desierto,  
que los hielos recubren y protejan,<sup>1</sup>  
es el edén que acoge al cuerpo muerto

después de que las águilas lo dejan.  
Que ambos tienen la vida sustentada,  
el ser, en gozo, y el placer, en nada. 

[Mayo 22, 1941]

# Anhelo de la muerte\*

NOVALIS

Abajo, al seno de la tierra,  
Lejos del reino de la luz.  
El dolor, sus golpes salvajes,  
Es signo del viaje feliz.  
En la rápida estrecha barca  
Tocamos ya el puerto del cielo.

Loada seas, noche eterna,  
Loado seas, sueño eterno.  
Nos abrasó el calor del día,  
Nos marchitó la larga cuita.  
Ya el deseo de extrañas tierras  
Se ha desprendido de nosotros:  
Volvamos al padre, al hogar. 

---

<sup>1</sup> Aunque hay una discordancia en los tiempos verbales de este verso, todas las ediciones anteriores lo reproducen así.

\* Jorge Cuesta, *Obras reunidas I*, México, FCE, 2003.

---

\* Novalis, *Himnos a la noche / Cánticos espirituales*, Valencia, España, Pretextos, 2001.

# Sobre el suicidio\*

ARTHUR SCHOPENHAUER

157

Por lo que sé, son sólo las religiones monoteístas, o sea las hebraicas, aquellas cuyos creyentes estiman como un delito quitarse la vida a sí mismos. La cosa es tanto más sorprendente cuanto que ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento se puede encontrar una prohibición expresa en tal sentido y ni siquiera una decidida desaprobación de ese acto. Por ello, los predicadores de religiones se ven obligados a fundar su condena del suicidio en sus propias razones filosóficas, que, por lo demás, son de tan escaso alcance que se ven obligados a suplir la debilidad de sus argumentos cargando el acento en las expresiones de su horror, o sea con insultos. Así nos toca oír decir que el suicidio sería la más grande vileza, que sería posible sólo en un estado de locura, y otras sandeces de este género. O también la frase, privada de sentido, según la cual el suicidio sería injusto, mientras evidentemente nadie en el mundo tiene un derecho tan incontestable sobre nada como sobre su propia persona y sobre su propia vida. Como ya he dicho en otros lugares, el suicidio se suele incluir entre los delitos y, por ejemplo, en la Inglaterra plebeya y beatona, se le castiga con una deshonrosa sepultura y la confiscación del patrimonio del suicida, razón por la que el *jury* casi siempre reconoce la locura. Dejemos decidir sobre este punto, ante todo, al sentimiento moral y comparemos la impresión que nos causa la noticia de que un conocido nuestro ha cometido un delito, por ejemplo un asesinato, un acto de crueldad, una estafa o un robo, con la noticia de su muerte voluntaria. Mientras la primera nos suscita una viva indignación, un estupor extremo, la llamada al castigo o a la venganza, la segunda noticia nos provocará tristeza y compasión, a las que con frecuencia se acompañará una cierta admiración por su coraje, en lugar de la desaprobación moral que acompaña una mala acción. ¿Quién no ha tenido conocidos, amigos o parientes que se han ido voluntariamente de este mundo? ¿Y deberíamos pensar en ellos con horror, como si hubiesen sido delincuentes? *Nego ac pernego* (digo no y mil veces no). Más bien soy de la opinión de que los curas deberían ser provocados por una vez a decirnos explícitamente con qué derecho, sin poder indicar una autoridad bíblica cualquiera y sin tener ningún argumento filosófico válido, condenan como un delito una acción que han cometido tantos hombres por quienes sentimos amor y aprecio, y rechazan a los que

\* Arthur Schopenhauer, *El dolor del mundo y el consuelo de la religión*, Madrid, Aldebarán, 1998.

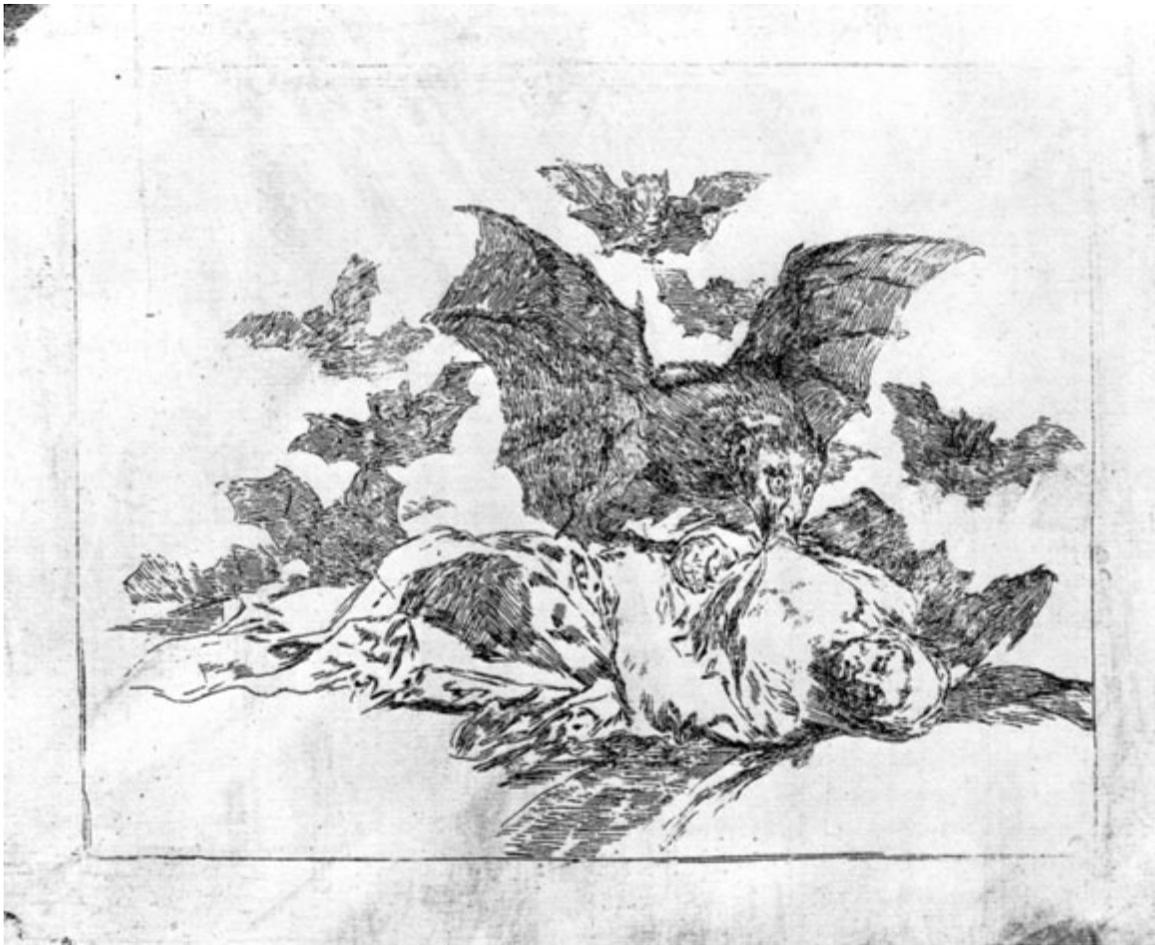
se matan los honores de la sepultura, dejando bien claro que se exigen razones y no frases vacías ni insultos<sup>1</sup>. Que el derecho penal prohíba rigurosamente el suicidio, no es un argumento eclesiásticamente válido. Además, el argumento es perfectamente ridículo, pues, ¿qué castigo puede disuadir a quien busca su muerte? Si se condena el intento de suicidio, entonces, lo que se castiga en realidad es la falta de habilidad a causa de la cual el suicidio no se ha consumado.

Los antiguos estaban muy lejos de considerar el tema desde esta perspectiva: “Opinamos —dice Plinio— que no se debe amar la vida hasta el punto de prolongarla a toda costa. Quienquiera que seas tendrás que morir, tanto si has vivido bien como si lo has hecho de modo nefando y vicioso. Por eso, que cada uno tenga ante todo como remedio para su alma la idea de que, entre todos los bienes que da la naturaleza al hombre, ninguno es mejor que una muerte precoz, y en la muerte lo mejor es que cada uno se la pueda procurar cuando quiera” (*Historia naturalis*, libro 28, capítulo 1, 9, ed. Bipontini). Y todavía dice más: “Afirmamos que tampoco Dios lo puede todo, pues incluso si quisiese no podría decidir morir, algo que, en cambio, ha permitido al hombre como el mejor regalo en medio de tanto sufrimiento de la vida” (libro 2, capítulo VIII, 5). En Massilia, en la isla de Ceos, el magistrado ofrecía públicamente la copa de la cicuta a quien alegaba razones válidas para quitarse la vida<sup>2</sup>. Aristóteles dice que el suicidio es una injusticia contra el Estado, aunque no contra la propia persona que lo comete (*Ética a Nicómaco*, v, 15). Y Estobeo, en su exposición de la ética de los peripatéticos, cita la proposición: “Los buenos han de abandonar la vida ante desgracias excesivas, pero también los malos han de abandonarla por muy afortunados que sean” (*Eclogae ethicar*, II, c. 7)<sup>3</sup>. Y en sentido análogo: “Por eso

<sup>1</sup> En otra variante de este pasaje, Schopenhauer añade este texto: “Razones bíblicas no hay, y las filosóficas, ni son determinantes ni valen en la Iglesia. Por tanto, ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? ¡*Loquimini!* La muerte es para nosotros un último refugio muy necesario, para que debamos dejarla al arbitrio de los caprichos de las sentencias de los curas”.

<sup>2</sup> Al parecer era costumbre en la isla de Ceos que los ancianos se deseasen unos a otros la muerte. Sobre este uso véase Heráclides Póntico, *Fragmenta de rebus publicis*, IX; Eliano, Var. hist., III, 37; Estrabón, libro X, 5, párrafo 6; Valerio Máximo, libro II, 6.

<sup>3</sup> El texto latino que cita Schopenhauer es: “*vitam autem reliquendam esse bonis in nimis quidem miseriis, pravis vero in nimium quoque secundis*”.



se debe tomar mujer, engendrar hijos, participar en la vida política, etc. y, sobre todo, amando la virtud, conservar la vida, dispuestos a abandonarla si la necesidad lo requiere”<sup>4</sup>. Los estoicos ensalzaron, por su parte, el suicidio como una acción noble y heroica, cosa que podríamos verificar con multitud de citas, de las que las de Séneca tendrían la mayor fuerza probatoria. Entre los hindúes, como es sabido, quitarse la vida uno mismo es considerada con frecuencia una acción religiosa, en concreto en la modalidad de quemar a las viudas y de los devotos que se arrojan bajo las ruedas del carro de los dioses en Jagernauth, o dándose como alimento a los cocodrilos del Ganges o de otros ríos sagrados. También en el teatro, ese espejo de la vida, por ejemplo en el famoso drama chino *L'orphelin de la Chine* (traducido por St. Julien 1834), vemos a casi todos los personajes acabar suicidándose, sin que nunca se quiera indicar con ello ni el espectador pueda pensar que cometen un delito. Incluso en nuestro teatro las cosas, en el fondo, no son tan distintas, por ejemplo en *Mahoma*, de Palmira, en *María Estuardo*, de Mortiner, en *Otelo*, la condesa Terzky en *Wallenstein*. Y Sófocles exclama: “Los dioses me liberan si yo lo quiero”<sup>5</sup>. ¿Es, quizás, el monólogo de Hamlet la meditación de un delito? Él dice simplemente que si estuviésemos convencidos de ser absolutamente aniquilados por la muerte, la muerte, a la vista de cómo es el mundo, sería una elección que no

ofrecería dudas: *But there lies the rub* (Pero aquí está la dificultad) (*Hamlet*, acto III, escena 1).

Por tanto, las razones contra el suicidio sostenidas por los sacerdotes de las religiones monoteístas, o sea hebraicas, y por los filósofos que se acogen a ellas, son débiles sofismas fácilmente refutables (Cfr. *Sobre el fundamento de la moral*, parágrafo 5). La mejor refutación de estos argumentos ha sido hecha por Hume en su *Ensayo sobre el suicidio*, libro cuya lectura recomiendo. Este libro fue publicado después de su muerte y muy pronto fue hecho desaparecer por la vergonzosa beatería y por el ignominioso dominio de los sacerdotes en Inglaterra, de modo que se vendieron muy pocos ejemplares clandestinamente y a alto precio. La conservación de este tratado y de otro escrito de ese gran hombre se la debemos a una reimpresión basileense: *Ensayos sobre el suicidio y la inmortalidad del alma*, por el último David Hume (Basilea 1799, Imprenta de James Decker, 124 páginas en octavo). Pero el hecho de que en un tratado puramente filosófico, que refuta con fríos razonamientos las usuales argumentaciones contra el suicidio y del que es autor uno de los primeros pensadores y escritores de Inglaterra, haya tenido que circular clandestinamente como si fuese una obra infame, hasta que encontró protección en el extranjero, constituye una vergüenza para la nación inglesa. Al mismo tiempo permite ver cuál es, a este respecto, la buena conciencia de la Iglesia. En mi obra principal he expuesto el único argumento moral pertinente contra el suicidio (vol. 1, parágrafo 69)<sup>6</sup>. Con-

<sup>4</sup> “Ideoque et uxorem ducturum, et liberos procreaturum et ad civitatem accessurum, etc., atque omnino virtutem colendo tum vitam servaturum, tum iterum, cogente necessitate, relicturum”. Ibid.

<sup>5</sup> Al parecer Schopenhauer se equivoca en esta cita, pues este verso es de Eurípides, *Bacantes* 498.

<sup>6</sup> En este parágrafo, Schopenhauer dice: “Lejos de ser negación de la voluntad, el suicidio es el fenómeno de su más enérgica afirmación. La negación no consiste en horrorizarse de los males de la vida,

siste en el hecho de que el suicidio se opone a la consecución del más alto fin moral, por cuanto sustituye la verdadera liberación de este mundo miserable por una liberación puramente aparente. Pero entre constatar este error y definir el suicidio como un delito, como hacen los curas cristianos, hay un gran trecho.

El cristianismo lleva en su interior la verdad según la cual el sufrimiento (la cruz) es el verdadero objetivo de la vida: por eso rechaza el suicidio, porque es contrario a este objetivo, mientras que en la antigüedad se aprobaba e incluso se lo honraba desde un punto de vista inferior. Pero este argumento contra el suicidio es un argumento ascético, por lo que vale sólo desde un punto de vista ético mucho más elevado que el de los que han sido adoptados generalmente por los filósofos morales de Occidente. Si dejamos ese elevado punto de vista no hay ningún motivo moral sostenible para condenar el suicidio. El enconamiento extraordinario de los sacerdotes de las religiones monoteístas contra el suicidio, que no está apoyado ni por la Biblia ni por serias argumentaciones, parece, pues, fundarse en una razón oculta: ¿no podría ser ésta sino que la libre renuncia a la vida es un mal cumplimiento para aquellos que han dicho “todo es magnífico”?<sup>7</sup> Por eso sería, una vez más, el optimismo pragmático de estas religiones el que condena al suicidio para no ser condenado por él.

158

En conjunto se encontrará que, cuando el hombre llega a la conclusión de que los horrores de la vida sobrepasan a los horrores de la muerte, pone fin a su vida. La resistencia a los terrores de la muerte es, no obstante, notable: se encuentran, por así decirlo, como guardias ante la puerta de salida. Tal vez no vive nadie que no hubiera puesto fin a su vida si este fin fuese algo puramente negativo, un puro y simple cesar de la existencia. Pero hay en este final algo positivo: la destrucción del cuerpo. Esto es lo que da miedo, precisamente porque el cuerpo es la manifestación de la voluntad de vivir.

Por lo demás, la lucha con esos guardias no es comúnmente tan difícil como nos puede parecer. Y esto a causa del antagonismo entre sufrimientos espirituales y sufrimientos físicos. O sea, si sufrimos mucho o continuamente en el cuerpo seremos indiferentes a cualquier otro sufrimiento: lo que deseamos es, sobre todo, nuestra curación. Del mismo modo, fuertes sufrimientos espirituales nos vuelven insensibles hacia los físicos: los despreciamos. Y si por casualidad nos sobrevienen, pueden convertirse para nosotros hasta en una benéfica distracción, una pausa en el sufrimiento espiritual. Esto es lo que facilita el suicidio, en cuanto que el dolor físico que comporta pierde toda importancia para quienes están afligidos por gravísimos sufrimientos espirituales. Esto se ve, de modo particularmente claro, en aquellos que se ven impulsados al suicidio por un malhumor morbozo y profundo. A éstos el suicidio no les cuesta un gran esfuerzo de superación, no tienen necesidad de predisponerse de ninguna manera especial para hacerlo. Basta con que el guardián que se les ha asignado les abandone dos minutos para que pongan rápidamente fin a su vida.

159

Cuando en medio de pesadillas horribles la angustia llega a un grado extremo, es justo ella la que nos hace despertar, con lo que desaparecen todos esos monstruos nocturnos. Lo mismo sucede en el sueño de la vida, cuando el grado extremo de angustia nos impulsa a despedazarla.

160

El suicidio puede ser considerando también como un experimento, como una pregunta hecha a la naturaleza para obligarla a responder. La pregunta sería: ¿qué modificación sufrirá la existencia y el conocimiento del hombre mediante la muerte? Lo que sucede es que se trata de un preguntar siniestro, porque elimina la identidad de la conciencia que es la que debería recibir respuesta. **G**

---

sino en el odio de sus placeres. El suicida quiere la vida, sólo que no está satisfecho de las condiciones en que se le ofrece. Destruyendo el fenómeno singular, el suicida no renuncia, pues, a la voluntad de vivir, sino sólo a vivir. Quiere la vida y quiere que su cuerpo pueda existir y afirmarse sin obstáculos. Sufre atrozmente, porque eso no le está permitido por las circunstancias”.

<sup>7</sup> Ver párrafo 156.

# Últimos pensamientos antes de morir\*

HENRI ROORDA

Todo es fisiología. Las razones por las que estoy decidido a abandonar este mundo serían insuficientes para alguien que no fuera yo. Mi manera de sentir no es, pues, la de todo el mundo.

Algunos amigos se han ofrecido a prestarme ayuda para continuar viviendo. Pero me he acostumbrado tanto a la idea de la cercana muerte que la he rechazado. No me tienta la perspectiva de reiniciar una vida en la que aún tenga que enfrentarme con ciertas preocupaciones y en la que incluso tenga que ser sometido a frecuentes humillaciones. Debo suponer que hay en mí un resorte esencial que está muy gastado. Sin embargo, las razones que doy no lo explican todo. La verdad tal y como la expone un escritor que quiere ser sincero, es siempre algo más o menos “apañado”.

Hay existencias anormales que conducen de manera natural al suicidio. Eso es todo.

Voy a matarme pronto. No merezco este castigo. Estoy seguro de que he tenido menos pensamientos despreciables que la mayoría de esos buenos ciudadanos que triunfan y que jamás pensarían en suicidarse. Los hermosos versos que me recitaba a mí mismo teñían de pureza mi espíritu. Todos los días me han procurado un minuto de emoción. ¡Ay, yo bien quisiera seguir en la tierra!

Aun estando totalmente desprovisto de maldad, se puede hacer no obstante un enorme mal. Quisiera pedir perdón a alguien, pero las palabras que debiera pronunciar no existen.

A lo largo del día mi humor varía a menudo. Hay momentos en que me olvido de que voy a morir. Entonces sonrío y canturreo las melodías que me gustan, pues todavía hay en mí una gran provisión de alegría. Destruir todo es un despilfarro. Pero nunca aprendí a ser ahorrador.

Escribir este librito me causa placer a pesar de que trata de mi Suicidio. Mientras trabajo, mis pensamientos son tan puros como los de un niño.

Muchas personas consideran el suicidio como un crimen. Pero es que no piensan que hay dos clases de chabacanería: la de los criminales y la de las personas honradas. Para vivir es indispensable un mínimo de chabacanería.

Un filósofo dijo una vez: “Ignoro cómo puede ser un hombre malvado, pero el corazón de un hombre honrado es espantoso”.

No tengo ningún miedo del porvenir desde que oculté un revólver cargado entre los muelles de mi cama.

Amo enormemente la vida. Pero para gozar del espectáculo

hay que ocupar una buena butaca. Y en la tierra la mayoría de las butacas son malas. Aunque es verdad que, en general, los espectadores no son muy difíciles de contentar.

Hay ciertos momentos en que mi suicidio me parece tener algo de “farsa”. Ay, ¿por qué no está más nítidamente marcada la frontera que separa las cosas fútiles de las cosas serias?

¿Soy desdichado, o es que las palabras desesperadas que me digo a mí mismo me hacen creer que lo soy? Resulta imposible distinguir nuestros males reales de nuestros males imaginarios. ¿Qué es lo real? ¿Qué no lo es?

La música me tranquiliza. Siento perdón al escucharla. Sé que todos los poetas me perdonarían. (No me refiero, se entiende, a esos patriotas que componen poesías en elogio del Estado.)

Hace días que no siento ya interés por ciertas cosas. Todo lo que es literatura me parece verdaderamente vano, y me resultaría difícil tomar parte en las discusiones que enardecen a los hombres. Las conversaciones me parecen más insípidas que nunca.

Pero sí me hago una idea acertada de las cosas infinitamente preciosas que voy a perder. Me parece que ahora distingo mejor lo que posee valor en la vida. Soy feliz viendo el cielo, los árboles, las flores, los animales, los hombres. VER me hace feliz. Soy feliz por estar vivo todavía. Quisiera acariciar una vez más los senos de Alicia *para no estar solo*.

*Para no sentir en mi última hora  
Que mi corazón se parte;  
Para no llorar, para que el hombre muera  
Como nació el niño.*

Durante más de veinticinco años me preocupé apasionadamente por un problema que consideraba muy importante. Hoy reconozco que estaba equivocado: no me interesaba por el hecho de reconocer su importancia, sino que, sin sospecharlo, afirmaba su importancia sencillamente porque me ocupaba de él.

Observen a aquellos que desde hace mucho tiempo se ocupan de la defensa nacional, o de la higiene pública, o de las escuelas, o del “arte para el pueblo”: todos ellos son víctimas de la misma ilusión y todos realizan su tarea con gran ardor sin dar mucha importancia a lo que hacen los demás.

La importancia real de los problemas no puede medirse.

El universo tendrá mucha menos importancia cuando ya no esté en él.

Al no tener ninguna obra que emprender, a veces tengo la impresión de estar de vacaciones.

\* Henri Roorda, *Mi suicidio*, Madrid, Trama editorial, 2004.

Soy un jugador que no pediría otra cosa que continuar jugando, pero que no quiere aceptar las reglas del juego.

Hay mucha hipocresía en aquellos que continúan viviendo. Pero ¿sería posible la vida social sin mentiras? No.

La mentira, la hipocresía: quizás esté ahí lo que mejor distingue al hombre del animal.

Me gusta muchísimo el vino. Rejuvenece momentáneamente mi alma gastada. El vicio consiste en que algo nos guste en demasía.

Hay dos clases de gentes virtuosas: unas cuyos deseos son débiles y que resisten con facilidad a las tentaciones. Y otras que, voluntariamente, van en contra de su verdadera naturaleza. Éstas son raras. Entre ellas hay locos que se torturan a sí mismos para agradar a Dios. Y hay también seres excepcionalmente buenos que se sacrifican por amor o por piedad. Son los únicos que pueden hacer que me sienta inferior.

Los otros no valen más que yo. Son sólo seres prudentes que no aman nada con pasión. Avanzan en la vida durante mucho tiempo sin caer, pues no se inclinan ni a la izquierda ni a la derecha. Los hábiles y los triunfadores son equilibristas.

¿Por qué hay que ser virtuoso? Para que la vida prosiga. ¿Y por qué es necesario que la vida prosiga? Dios no podría contestar a todos los porqués del hombre. Si contestara seguramente diría que creó el mundo porque no podía hacer otra cosa. Y declinaría toda responsabilidad. Así somos todos.

En una pequeña colección de “pensamientos” del filósofo Charles Secreta, encontré esta frase: “Es en el amor de la criatura por su dios donde culmina la creación”.

Si Dios pretendía únicamente que se le adorara, habría podido emplear medios menos crueles.

En cuanto a mí, sólo podría amar a un Dios *humano*.

Mi suicidio está severamente juzgado. Pero ya que considero que en su inmensa mayoría los hombres son seres mediocres y poco inteligentes, ¿qué importancia debo conceder a la opinión pública?

¡Oh, no!, las gentes honestas no valen más que yo. Me siento aliviado cuando me comparo con aquellos que, ante las masas, hablan en nombre del Estado. ¡Qué prudencia! ¡Qué trivialidad! ¡Y, a menudo, qué baja!

Mientras paseaba he observado atentamente a algunos transeúntes. Adivinaba el género de vida que llevan, sus costumbres, su mentalidad. Pensaba en todo lo que serían incapaces de hacer.

El individuo es todo; para que las cosas sean bellas, es preciso que exista un ser vivo capaz de sentir su belleza.

Me había hecho de la vida una idea completamente falsa.

Daba mucha importancia a todo aquello que es excepcional: el entusiasmo, la exaltación, la embriaguez. Ahora bien, lo que en una vida humana ocupa casi todo el tiempo son las tareas monótonas y cotidianas, las horas en las que nada sucede. El hombre normal es aquel que sabe vegetar.

¡Mi crimen es no haber tenido piedad de un ser desdichado que veía todos los días, y pensar que me enternecía con tanta facilidad por los demás!

El momento de mi suicidio se acerca. Hasta tal punto estoy vivo que no siento la proximidad de la muerte.

A veces me descubro mirando con envidia a algunos transeúntes que no se distinguen por nada especial, que parecen desprovistos de todo prestigio, simplemente por el hecho de saber que continuarán viviendo.

Recuerdo un dibujo en *L'Assiette au beurre* donde se veía a un abogado defendiendo a un criminal ante el tribunal. Aquel abogado decía: “Sí, señores, hemos robado, hemos violado, hemos asesinado, pero lo hacíamos en nombre de Dios, del zar y de la Patria”. ¡Y pensar que hay en algunos países gentes bien educadas, cristianas, virtuosas y universalmente honestas que son *imperialistas*! No se dan cuenta de lo que hay de innoble en su patriotismo.

Decididamente el hombre inmoral que yo soy no siente ninguna estima por los buenos ciudadanos.

*¡Qué bellos parecen los soles en las cálidas noches!*

*¡Qué profundo es el espacio!*

*¡Qué poderoso es el corazón!*

Me alojaré una bala en el corazón. Seguramente me producirá menos dolor que en la cabeza.

No tengo miedo de lo que me suceda después, pues poseo la *verdadera fe*; sé que no compareceré ante el Juez Supremo. Sólo en la tierra existen “tribunales cómicos”.

Pero es posible que me emocione. Para sentirme más desprecupado, me beberé antes media botella de oporto.

Quizá falle. Si las leyes hubieran sido promulgadas por los hombres caritativos, se les facilitaría el suicidio a aquellos que quieren abandonar el mundo.

Algunos amigos han venido a ofrecerme de nuevo ayuda y *curación*. Los he rechazado pues sé muy bien que nada podría librarme de los deseos, de las imágenes y de los pensamientos que ocupan mi espíritu desde hace cuarenta años.

Será necesario que tenga cuidado para que la detonación no resuene demasiado en el corazón de un ser sensible. 

# Regalo en sueño

HERMANN HESSE

En una civilización que ha creado una ciencia, un lenguaje y una literatura específica para los fenómenos de la biología, la psicología o la sociología; en una era que se ha prescindido del enfoque antropológico, las prácticas y afanes humanos son vistos como una mera colección de asombrosas curiosidades y problemas sin resolver, algunos fascinantes, otros pavorosos.

Este ser humano, seccionado en miles de especialidades científicas y arbitrarios compartimentos, privado de su integridad, amenaza despedazarse en un universo de imágenes desperdigadas que, no obstante, conserven su carácter humano, animal, vegetal, cuyo lenguaje de formas y colores disponga de elementos y posibilidades casi ilimitados aun cuando carezca de un sentido unitario y cohesivo; acaso tales segmentos de imágenes encierren una belleza primordial, indeterminada.

Es esta belleza, la delicia de lo fragmentario absuelto del mundo y la realidad, la que ha atraído con tanta fuerza a los

pintores desde hace algunas décadas, la que confiere a sus extravagantes obras la nostalgia de lo irreal y un encanto fugaz tan inquietante, que se cree reencontrar en ellas la totalidad representada, mas no la totalidad y consistencia del mundo, sino la perpetua uniformidad de la muerte y lo efímero.

Así como los pintores dislocan lo compacto, disuelven lo sólido, agitan las formas hasta conseguir combinaciones insospechadas y a menudo prodigiosas, así obra el alma en el ensueño; de manera que no es por coincidencia que a las variedades del hombre moderno ya existentes, venga a sumarse una nueva: la del hombre que ha dejado, que ya no interviene, al que nada concierne, que tan sólo sueña. Sueña por la noche y a veces también de día; se ha impuesto el hábito de anotar sus sueños, y como escribirlos requiere más tiempo que soñarlos, estos literatos oníricos están ocupados de por vida: no ven el fin, ni siquiera alcanzan a escribir la mitad de lo que sueñan y es casi



un milagro que entre soñar y escribir todavía encuentren tiempo para probar bocado.

Estos soñadores de oficio han tomado una actividad complementaria del dormir como centro y cifra de su existencia, como ocupación vital. No es nuestra intención contrariarlos o ponerlos en ridículo, si bien a veces lo hacemos, pues nos parece estéril su proceder, aunque inocuo, egoísta ciertamente, pero también cándido, anómalo, como nuestros pintores delirantes, como todos hoy en día somos un poco maníacos.

Aquel que le ha tomado gusto al vino corre el riesgo de volverse un bebedor en la medida en que el vino da sentido a su vida; o aquel otro que ha descubierto el dulce sabor de las verduras tiernas puede convertirse a la postre en un comedor en crudo profesional, un obsesionado por la salud. En todo caso se trata de variedades relativamente menores de la demencia que nada prueban contra las bondades del vino o las ensaladas; nos parece que lo más adecuado es disfrutar de sus excelencias sin permitir que nuestra vida gire en torno a ellos. Valga lo mismo para los sueños, pues creemos que no están hechos para colmar ni dirigir nuestras vidas. Por otro lado, consideramos que restarles importancia tampoco es conveniente. Una y otra vez debemos y queremos asomarnos a este auspicioso abismo, maravillarnos con sus misterios, advertir la totalidad escindida en sus imágenes, regalarnos con la indescriptible belleza de sus fantasmas.

Esta noche he soñado que me encontraba en Tessin; un Tessin extraño, desmesurado. Caminaba con un acompañante por las inmediaciones: muros, cercas y construcciones con las montañas como fondo. Un edificio rojo ha persistido en mi recuerdo: “El Nuevo Molino”, de muchos pisos de alto, exquisito pese a su desproporción. No nos detuvimos a observar, caminábamos aprisa con el equipaje, estábamos inquietos y desorientados. No supe a ciencia cierta quién era mi compañero, pero todo parecía indicar que se trataba de un amigo cercano. Llegamos hasta una barda de escasa altura que resguardaba un conjunto de casas viejas, apenas separadas entre sí; traspuse la barda consciente de que irrumpía en propiedad privada, de que podían surgir problemas; sin embargo nada ocurrió, seguimos adelante sin percances, aunque siempre con impaciencia. La gente transitaba en todas direcciones. De entre las figuras que se nos aproximaban a lo lejos advertí la de un viejo amigo: en nada había cambiado, parecía no haber envejecido en todo este tiempo sin vernos. Sin embargo, ya sea por la premura del momento o por otras veladas razones, juzgué inoportuno saludarlo entonces; desvié la mirada fingiendo descuido, no sin percatarme de que nos pasaba de largo, o más bien, que desaparecía antes de darnos alcance, como si al adivinar mi pensamiento me evitara.

Entre el caserío, a nuestra derecha, se abría una perspectiva que me impidió olvidar aquel sueño y me motivó a escribirlo:

un amplio paisaje emplazado a gran altura sobre nosotros.

—¿Acaso no lo ves?! —pregunté a mi camarada sin dejar de caminar.

Volvió la vista hacia arriba y permaneció callado. El panorama había cautivado mis sentidos por completo, inundándome con la extraña sensación de un deseo cumplido, de un regalo inesperado. Lo más singular de esta arrebatadora visión consistía en ser realidad y espejismo a la vez, paisaje y retrato al mismo tiempo: a media altura, en una colina, se alzaba una iglesia; pueblos por doquier cuesta arriba; justo debajo de la iglesia, entre escarpadas cumbres, un par de maizales, y eran éstos precisamente los que daban al conjunto un carácter plástico, insinuante. No había colores fríos, serios; todos quedaban entre la gama del amarillo al rojo.

En la calle, junto a nosotros, caminaba un joven, francés o suizo, con una mujer. Al tratar de llamar insistentemente la atención de mi compañero sobre el paisaje, el suizo me sonrió afable y me dijo: “Sí, ¿no es cierto?, nada aterido, sólo colores cálidos; eso diría Cezanne”.

Asentí de buena gana, y estuve a punto de describirle los colores como si se tratara de un colega más: ocre, amarillo nápoles, guinda, blanco, laca tenue, etc., pero me contuve, pues me pareció que estaba fuera de lugar, mas no por ello dejé de sonreírle, feliz de que al menos alguien hubiera sentido y visto lo mismo que yo.

Del sueño, que siguió generando nuevos escenarios, rescaté la imagen de este paisaje encantado y lo llevo conmigo como regalo de la Divinidad del Ensueño. Sus colores habían sido los preferidos en mi paleta cuando aún era pintor diletante; también predominaron por algún tiempo en la de mi amigo Luis, el pintor. Todo es estupendo, y, a la vez, una lástima, pues cuando trato de reconstruir en la vigilia esta vista espectacular, sus radiantes maizales, su insigne iglesia, el cálido juego de tonalidades amarillas y rojas, la ilusoria y alegre melodía de su espátula, entonces la visión resplandece todavía, pero resulta sobremanera bella, sobremanera encendida, sobremanera armónica, rayana en lo afectado, en lo chabacano.

Y ahora me es difícil guardar intacto el regalo, preservarlo contra el escepticismo y la crítica, seguir disfrutando en el recuerdo con su efímera belleza. Cuando al despertar intento representármelo, aparece demasiado delicado, demasiado hermoso, demasiado ideal, y esta crítica subrepticia ya no se deja acallar, o sólo por momentos. ¿No había en la sugerente sonrisa del colega suizo, en su elogio sobre el paisaje que innecesariamente atribuyera a Cezanne, en el gesto simpático del artista o conocedor, del iniciado, acaso no había algo incitante, un presagio? 

*Traducción del alemán de Salvador Reza*

# La representación como ansiedad de poder

ANTONIO DELHUMEAU

El problema del poder ha sido abordado sólo desde la denuncia radical, de raíz, que cuestiona todo ejercicio del mismo, o bien desde un enfoque que estudia sus meandros y laberintos, que lo da por supuesto, en tanto petición de principio. Desde la primera perspectiva, todo poder es ilegítimo; visto desde la segunda, se abre la cuestión ética de cómo alcanzar y ejercer un poder que se constituya en un servicio público, en un darse a la sociedad civil. Lo que pretendo mostrar es la dificultad enorme de transformar el poder en una posición de servicio, habida cuenta precisamente de su raíz, esto es, de su genealogía. En otros términos, ¿cuál es el origen del poder?

Al tratar de un asunto que involucra una decisión del ser humano sobre sí mismo, desde que se le recuerda como tal, es importante acudir a las fuentes; a la historia de la especie o filogénesis y a la biografía de sus individuos u ontogénesis. ¿Cuándo apercibieron (construyeron una posición de conciencia-percepción) los seres humanos, por primera vez, una delegación de su poder en la organización y el gobierno de su vida pública? En el momento mismo en que reconocieron que no era un jefe o líder, más fuerte y capaz de organizarlos para la supervivencia, quien debía dirigir el grupo (a la manera de la manada de antropoides, de homínidos y de la tribu), sino que era una clase, casta o grupo como tal, el que poseía las claves de la supervivencia y de la intercomunicación con el entorno más amplio.

Este proceso, por obvio y manido, nos ha llevado a no detenernos en él, a darlo por supuesto. Se trata, por el contrario, de un momento de encrucijada, en que se tomaron opciones que han marcado a la especie durante milenios. Y, como veremos, es la supervivencia misma de nuestra especie la que está en cuestión, de mantenerse la inercia de esa opción tomada para sobrevivir, bajo las condiciones de aquella remota época, bajo una fórmula hoy inútil e impracticable: el poder como representación.

Es un hecho que alguien puede ser líder de un grupo para garantizar que éste avance en la dirección acordada, dentro del ámbito específico (un líder de estudios y otro de deportes, en un mismo grupo de adolescentes, por ejemplo), y otra cuestión muy diferente es suponer que todo un grupo de personas, diferentes a la mayoría, constituyen una clase o casta que posee las claves para gobernar la vida en común, en todos los ámbitos de la vida pública. Será el origen de esta creencia en la capacidad de otros para actuar en nuestro nombre, esto es para representarnos, lo que habremos de elucidar en la historia y la biografía que la reproduce.

La delegación, alienación o enajenación del poder propio

en una clase poderosa constituyó en el origen —y sostiene todavía, un día con otro— a auténticas sectas, con dos rasgos básicos que emergieron juntos, íntimamente relacionados entre sí: se depositó en un grupo seleccionado para ello la capacidad de ejecución de los ritos propiciatorios que pueden garantizar la supervivencia de la comunidad, y también se les asumió como detentadores de las claves, los códigos de ese conocimiento especial que se requiere para mantener unido al conjunto. Estas “dos” condiciones, en que se finca la delegación del poder, son, por supuesto, una sola: la constitución, la construcción misma de la *re-presentación*.

Sólo cuando los seres humanos decidieron que ya no podían presentarse a sí mismos, en su condición de vehículos de los dioses-fuerzas-de la naturaleza y del cosmos y en la autorregulación de sus vínculos sociales, es que produjeron la *representación*: la doble devoción unitaria por una serie de expresiones sagradas y complejas, a las que conocemos como símbolos y por una clase de personas que gobiernan esa entidad de imputación colectiva de nuestros poderes personales, a la que conocemos como Estado. Y el origen de los jefes-sacerdotes y de los conocimientos sagrados y rituales que poseen, o símbolos, es uno y el mismo: la sensación de impotencia de los seres humanos para presentarse a sí mismos entre sí y con Dios (de ahí que Etienne de la Boétie hablase de una “servidumbre voluntaria”). La clase dominante en una sociedad se sostiene por el simple hecho de que se reconoce la existencia de símbolos o expresiones especiales que requieren de intérpretes para dar con sus claves y de jefes colectivos para encarnarlas. La constitución de representantes se mantiene a través de la convicción de que son intérpretes de una voluntad colectiva, esto es, de vicarios de un conjunto de personas sin capacidad de presentación propia, en tanto que han extraviado las claves de su inmersión en el todo. Y ¿cómo se reproduce, a través de la ontogénesis —o biografía—, este proceso de imputación de nuestra capacidad decisoria, de hacer, en un grupo dado que reconocemos, construimos y reconstruimos como “de poder”, es decir, en nuestra representación (representantes de nosotros y ante o frente a nosotros mismos: actores públicos en escenarios distantes, creados en su origen por y para sus públicos)?

De manera esencial esta condición de poder enajenado se reproduce de la forma más tierna: en el regazo materno. Es en el vínculo hijo-madre que emerge y se sostiene la ansiedad de poder. Y es a partir de la figura paterna, presente o ausente, próxima o lejana, que se dota de contenido significativo y específico a esa matriz.

En una sociedad que la ha valorado más como madre que

como ser humano genérico o que, ahora, le sobre-exige una creciente competencia, a la par con el varón, a la vez que la coordinación, si no es que la responsabilidad total del hogar y de los hijos, la mujer-madre recibe al hijo desde una mirada de control, con un abrazo de posesión y un sentimiento de reivindicación.<sup>1</sup>

El hecho de ser lanzado a la vida social, como reivindicante de la madre, hace que el hijo construya, en el origen de su mismidad, la noción de representación. Es aplaudido por la madre (y por otros), de acuerdo con su adecuación a cierto programa previsto. Y, sobre todo, ha de ser el heredero de los proyectos frustrados e incumplidos de la madre: actúa en su nombre y representación. Y si bien la *re-presentación* emerge del imaginario materno proyectado en el hijo, su direccionalidad será impresa por la figura paterna, tal y como señalamos al postular “el complejo de Hamlet”.<sup>2</sup>

El origen o genealogía de la representación como tal es, de hecho, arcaico, primario, primitivo, tanto en la historia como en la biografía. En términos de la especie, la representación emergió para llenar el vacío del encuentro absoluto y sin temor con la naturaleza de la que se formaba parte. A nivel ontogénico, el hijo desde la gestación aparece como un receptáculo o presencia que “llena”, en lo imaginario, el vacío de la madre. Nace ya, así, como su vicario y representante, sobrecargado de ilusiones, de metas y proyecciones imaginarios, de símbolos; no sólo es el esperado, sino también un mesías, el vicario de la propia redención. Esto hace que el interjuego de control y la ansiedad de poder y de apropiación se den, desde el jaloneo in-útero, como el estira y afloja de los impulsos de retención-expulsión, hasta el nacimiento y la crianza a través del ir y venir entre la sobreprotección y el abandono, compensatorios entre sí.

Todo lo que se ha estudiado sobre las adicciones, como impulsos sin fin, dirigidos a llenar un vacío inagotable (que se encuentra en otro lado, en un espacio afectivo diferente), aparece como ligazón cuerpo-mente-espíritu, en el núcleo de un vacío de la confianza y la plenitud amorosas que buscan ser sustituidas a través del poder del vástago. Cada quien nace así como una incompletud, en tanto símbolo o representante, como la otra parte o mitad de una presencia unitaria que se vive ya inasible.

La autoafirmación de la independencia, de la singularidad del hijo, se ve truncada, una y otra vez, por el hecho de ser representante y responsable ante la madre, lo cual implica, si nos atenemos a las raíces de estas nociones, que el hijo es o ha de ser a la imagen que la madre se ha hecho de él, como delegado o agente de ella, quien presenta su esencia inalcanzada y, a la vez, el re-querido moralmente a responder por ella y a realizar proyectos frustrados que no son de él, a partir de deudas y obligaciones contraídas, que definen y condicionan el alcance posible de “su” poder. Éste es el sentido profundo por el que es posible afirmar que la ansiedad de poder es la otra cara de la impotencia vital, en tanto que emerge del vacío de autoafirma-

ción de la matriarca. En cambio, la orientación de esta ansiedad en una dirección intrusiva y de rivalidad, o competencia, será marcada, también en sus metas sintéticas y básicas, por el padre o figura sustituta.

La madre es quien posee las claves inalcanzables (inefables e innombrables) del origen del hijo, su principio más firme como modalidad energética, el secreto de su misión a realizar en la vida; es el referente simbólico de una entraña que otorgó un sentido de mismidad o que privó, quizás para siempre, de él. Esta deprivación podrá observarse en la tendencia de un individuo a confundir su ser mismo con una “identidad”, es decir, una fijeza en la *imago* o fotografía básica y esencial de uno mismo. En la medida en que una mayor proporción de elementos básicos queden depositados en la imagen internalizada que se construye de la madre, es que su fantasma habrá de impulsar al hijo a la búsqueda de un poder que reivindique carencias, impotencias y frustraciones heredadas. Y éste es el troquelado previo al complejo de Hamlet por el cual el hijo buscará también, y si le es posible, vengar al padre (dentro de la dinámica específica que vincula al Edipo con el poder).

En consecuencia, si el hijo es un representante controlado, la madre es el principio mismo del control y la representación, es la fuente del poder, al menos en términos energéticos. De ahí en adelante, desde cualquier sensación de vacío, el individuo humano tenderá a llenarla o suplirla con un afán de dominio o control sobre sí mismo, sobre su situación y sobre los que la constituyen como tal. Por ello entrará, una y otra vez, en las lides por el poder y el control. Sólo que el sentido que les dé a ellas, no hay que olvidarlo, será en función del testimonio interno del fantasma del padre.

Mientras mayor sea la sensación de impotencia y de falta de fuerza y de sentido vitales, singulares o autónomos, más recurrirá cada quien a la representación de rituales y símbolos de poder y de control y será objeto-sujeto de las redes del poder como representante-representado, es decir, en tanto símbolo o red de asociaciones simbólicas. En otras palabras, la medida de la impotencia será la misma de la voracidad de poder y del carácter de sí mismo como un ser fantasmal e imaginario, en tanto que se ha sustituido la capacidad de presencia por la mera *re-presentación*.

¿Tiene salida este atrapamiento? Sí, pero deconstruyendo la red misma del poder, desde la reapropiación de una mirada original que ya no lo vea a uno mismo como objeto de control y reivindicación, sino de amor. Y si recordamos que fue en el extravío de esta noción original de encuentro y recuperación constantes del amor absoluto dentro de uno mismo, como vínculo con la naturaleza y el cosmos (encarnados en el cuerpo-espíritu), tendremos una pista para replantearnos la cuestión original relativa a la posibilidad de vincular el poder y el servicio.

Se ha mostrado, una y otra vez, por la experiencia humana acumulada, que sólo el temor radical a la muerte puede conducir a la derrota verdadera del ego, entendido como ese yo ficticio que actúa en el nombre y la representación del yo real (cuando éste lo requiere, en tanto carenciado o vacío), como llenado artificioso de un vacío real de potencia vital, de presencia, de poder-hacer. Y esa derrota es imprescindible para asumirse como un mero canal de un poder superior, trátese del universo, del cosmos, de la naturaleza, de la sociedad, o de Dios. Y esta capacidad de ser un canal de una fuerza total que

<sup>1</sup> La reivindicación es la acción de pedir que le devuelvan a uno algo de su propiedad; reclamación de la cosa, interés o bien ante un tribunal social. Etimológicamente se liga con venganza.

<sup>2</sup> Cfr. “El complejo de Hamlet”, en *El hombre teatral*, México, Plaza & Janés Editores, 1986.



involucra, energiza y dirige las acciones, es el sustrato último de toda actitud real de servicio.

Un servidor público es aquel que asume como jefe colectivo a su sociedad, a sus grupos de referencia y de pertenencia. Se trata, en efecto, de un organigrama invertido, en el que el pueblo sí es el soberano. ¿Afán entonces de democracia? No, de supervivencia, que la democracia se dará sólo por añadidura.

En una época como la actual, en que ya sabemos que el afán de control sobre la naturaleza nos lleva a un ecocidio a corto plazo, en términos de tiempo histórico, la derrota de la especie, en tanto conciencia de un peligro real de extinción, es ya inminente. Y si esa derrota se asume como la propia del ego, de la ansiedad de poder, del vacío de significado, de la mera *re-presentación*, entonces será posible establecer un puente de comprensión entre el servidor público y cada individuo social, y la política volverá a ser el ejercicio del poder-hacer lo necesario para la supervivencia. Éste es el enorme grado de dificultad al que nos referimos en un principio. El nombre de la dificultad no puede evadirse, es la misma que tenemos hoy para amar. El amor, desde el vínculo original madre-hijo, es la única posibilidad de presentación que tiene el hombre nuevo, el hombre sintético —y no teatral o simulado, representado— como lo intuyó Nietzsche.

Y es que el amor es entrega al otro en su diferencia singular, es plenitud que se desborda y se comparte, es respeto esencial a la presencia de otro, de tal manera que no requiere el ser vehículo de otra cosa: símbolo, representante o encarnación de un poder extraviado.

Fue la ausencia de confianza en el amor absoluto encontrado desde uno mismo, la que condujo a construir esa primera secta detentadora del monopolio de la capacidad del decidir sobre el hacer. Visto desde el amor, el poderoso entendido como

ansioso del poder, que sólo alcanza su representación, el símbolo sustituto de su presencia siempre pospuesta (hacia atrás), en un sólo movimiento de futurización nostálgica, es un fantasma-ausente-lleño de impotencia y desamor que, entonces, no puede ser sino objeto de la más tierna compasión, en tanto que es el centro de imputación de las impotencias de los demás, en busca de lo que él, en rigor, no posee. Y es que nunca ha poseído las claves de la confianza esencial que no residen ni en el símbolo ni en su interpretación, sino en el hecho práctico de ser amado, digno de amor y portador de amor: el esperado como alguien diferente, con su propia misión y un sentido irreductible de autoafirmación.

Por ello-ahí, en tanto que el vacío es su secreto inconfesado, es que la ansiedad de poder es un impulso o una pulsión que no conoce la gratificación plena o el orgasmo. Por ello-ahí es que el poder, en tanto afán de control, es una ansiedad sustituta, vicaria, de segundo piso, artificial y desplazada, respecto de un llamado original que no obtuvo respuesta. Por ello-ahí es que la ansiedad de poder es mera *re-presentación*, es decir, principio de actuación, requerimiento de un símbolo y no de una presencia sagrada. Por ello-ahí es que la *presentación* es una doble acción unitaria e integradora de la propia *presencia*, siempre en tiempo *presente*, con un amor reapropiado, sin huida hacia un futuro que es ideal sólo desde una infancia o un origen a los que no se ha devuelto su plenitud, y sin personas y expresiones de una categoría diversa y magnificada, o símbolos, en tanto que ya todas lo son y se perciben así, desde el amor y su disposición peculiar y espontánea: el servicio, siempre personal e íntimo, así sea en un espacio social y colectivo.

Por ello-ahí la reapropiación del presente, a través del yo mismo, sólo se me da en un acto de aceptación. ¿De conformismo? Éste implica la inmovilidad o el movimiento agitado,

en y desde el vacío. A lo que remite la aceptación es a un compromiso profundo e intenso con cada instante vivido. Es a lo único a lo que podemos denominar realidad. La *re-presentación* emerge de la no aceptación del presente, del repudio a la presentificación real (presencia-en-presente), en nombre de un porvenir cuya clave es la certeza prometida en el pasado. Y esa certeza dogmática, como *cónclave* del poder en “la unidad” madre-hijo, es el sustituto de la confianza en el universo, en la naturaleza y en su presencia constante, presente, en el cuerpo-espíritu. La necesidad del símbolo del ser-con-la-clave<sup>3</sup> (*con-clave*), es sólo el vacío del ser en su presencia cotidiana, en cada situación y ente-aquí (pres-ente); ente u objeto cercano, que acerca el ser. Espacio y tiempo sagrados este presente.

Por ello-ahí, la *re-presentación* es el rechazo a cualquier presencia y la demanda, siempre insatisfecha, de que se dé otra vez, de nuevo, más adelante y como se prometió antes, en función de los deseos atribuidos a otro que los señaló como nuestra esencia.

Sin embargo, es importante enfatizar que esa imputación de deseos a otro para que yo sea de una manera y no de otra, es construida por mí, y sin embargo este proceso no puede ser considerado sólo como el campo de lo imaginario. De hecho, se da una transacción entre el proyecto incumplido del otro (padre, madre o figura sustituta) y mi propia ansiedad de poder, fincada en un vacío de amor. Y estas negociaciones son el paradigma latente de lo que serán los patrones de vinculación en los juegos de la política, desde la familia hasta el Estado. ¿Se trata de fórmulas inconscientes? Más bien diríamos que hay una conciencia global que va más allá del pensamiento racional, que lo sobrevuela. Es un ello-ahí-yo-mismo, es decir, una conciencia integral, la que hace su presentación a través de y trascendiendo las representaciones conceptuales; unidad subyacente y englobadora que las dota de algún sentido dentro de los discursos y los papeles cotidianos, es decir, en la dinámica de la teatralización de las mujeres y los hombres de la calle. Sólo que, como dijimos con claridad en *El hombre teatral*, la

conciencia integral es una, no se escinde y por el ello-ahí como único referente del yo mismo, es que sufre las fragmentaciones artificiales de las que es objeto a través de la representación teatral y simbólica. Por el ello-ahí de esa conciencia, integrada en la medida misma de un amor capaz de plenitud y compartimiento, es que el poder se percibe impotente de asumirse como servicio cuando no existe una condición de plenitud amorosa que se derrama hacia el otro, esto es, casi siempre. Por supuesto que los símbolos del deseo sustituyen al amor colmado y por ello-ahí es que se cree que la interacción simbólica es, por sí misma, una realidad presente. En términos reales, presentificados, el símbolo existe como tal, es operante y actúa, sólo que no remite a otra cosa; se trata del poder del símbolo en y para sí mismo en un horizonte cerrado de *cónclaves*, autorreferencias y rituales ya desprendidos de sus referentes, puesto que el mundo ha dejado de ser, en su totalidad, el ámbito abierto a lo sagrado de la realidad y sus entes como tales, presencia radiante ella misma.

Por el ello-ahí es que sólo el presente-presentado, a partir de mi conciencia integral y unitaria con el entorno, sí se da conforme a mis necesidades reales y las del otro. Tiendo a no reconocerlo así y a repudiarlo desde los fantasmas de la posesión, de la ansiedad de poder a través mío, de un “yo-super” (sobre el yo, soberbio, ego todo él). Derrotando mi ego, es que doy cabida al yo y hago, finalmente, acto, acción de presencia, en un presente ya propio. Emerge entonces, en cada aquí y ahora presentificado, la gratitud enternecida por esta mirada directa al ser, que siempre ha sido y que se coloca a sí mismo al servicio, como actitud o posición primarias, a través mío; doble presentación: del ser y de mi esencia propia.

Por el ello-ahí el ser-mismo indica que la *representación*, como símbolo o actuación, es sólo una ansiedad de poder, en búsqueda extraviada y autorreferente del amor, ahí donde el amor no existe.

Y es que, ¿quién es ello-ahí sino el Ser? 

---

<sup>3</sup> O de ser-con-la-llave, ya que *cónclave* hace referencia a “lo que se cierra con llave”.

# La tercera del Goyo y también la coneja

GUILLERMO RUBIO Y DE VIZCARRONDO

*A mis amigos/hermanos: Emilio y Joaquín*

Despertó sobresaltado. La pesadilla se desvanecía en su mente con la velocidad del rayo. Lo único que alcanzó a recuperar era la cara de una mujer gritando y una cuerda entre las manos que apretaba el cuello de ella. Se incorporó sentándose en el borde de la cama. Comprobó que se había orinado en el colchón, cosa que no le extrañaba, ya que desde que tenía uso de razón padecía de neurosis. Consultó su reloj. Éste marcaba las seis de la mañana. Estaba clareando el día. Su mente se encontraba en un torbellino, llegando a la conclusión rápidamente de que efectivamente había vuelto a matar. Se estremeció de placer. Recordó a la muchacha delgadita de facciones toscas y como de 17 años de edad, de nombre Gabina, que aparentemente se estaba iniciando en la prostitución...

Dudó de si iba a la Facultad o no. Decidió permanecer más tiempo. Le dio vuelta al colchón y se acostó en posición fetal abrazando una almohada. Con éste serían tres homicidios en menos de dos meses.

Estaba convencido de que ya era incontrolable su afición por matar mujeres. Las señales de alarma le retumbaban en el cerebro y él las acallaba con la justificación de que eran prostitutas; además la manera en que las había abordado desvanecía su rastro. Por otro lado se estremeció de placer cuando recordó violándola, esa sensación de posesión sobre la mujer inerte lo subyugaba; bien valía la pena su acto homicida. Le emocionaba tocar el cuerpo sin ningún pudor. Le vino la imagen de cuando le introdujo la mano en la vagina hasta el codo, desgarrándole los tejidos una vez y otra más. Quería encontrar una explicación a esta macabra afición y no la tenía.

Ese odio al sexo femenino era incontrolable. Se había cansado de buscar una respuesta, o si la tenía le costaba trabajo echarle la culpa a su abuela, que lo había tratado mal desde pequeño. Sus ofensas hasta ese momento le estremecían la cabeza. También había que agregar las miradas compasivas de las amantes ocasionales, así como su incapacidad para satisfacer plenamente a una mujer.

Se levantó ágil. Se caló los anteojos con paso lento. Se dirigió a donde estaba el cadáver de la mujer. La casa en la que estaba en esos momentos era rentada, tenía tiempo con ella y ésta le servía como pantalla para justificar sus estudios como futuro químico y lo que él llamaba su laboratorio. Tres habitaciones de pequeñas dimensiones componían la vivienda. Se encontraban en el más completo abandono. El polvo era la segunda piel de la vivienda.

Abrió la puerta. La habitación era de buen tamaño. Se percibía un olor denso a sexo. Los pocos muebles que había estaban desastrosos. Unos frascos de química junto con varios

morteros de diversos tamaños estaban esparcidos en un viejo gabinete de madera.

Detrás de éste estaba una mujer desnuda con una colcha cubriéndole la cara. Observó su cuerpo delgado con el vientre plano. Se podría decir que era del tipo de clase media gracias a su color blanco y pelo castaño claro. El busto era pequeño. Las piernas delgadas y largas estaban abiertas, arqueadas para facilitar la penetración. Sacó de su pantalón una cajetilla de Elegantes. Prendió uno con fruición. Estaba nervioso y excitado por el espectáculo del cuerpo desnudo. Su miembro viril se llenó de sangre y la erección se demostró de inmediato. Se despojó de los pantalones y de los calzoncillos. Tomó el frasco de crema. Introdujo dos dedos. Cogió una buena porción, misma que depositó y esparció en la cavidad de la mujer. Lo que sobró se lo untó con calma. Le agradaba esa sensación de poder. Se masturbó durante unos minutos. La montó y la penetró con fuerza. Sus movimientos de cintura fueron repetidos durante más de cinco minutos. Sus espasmos fueron la señal de que ya estaba satisfecho. Él consideraba que ésa era la manera perfecta para hacer el sexo...

Sin ninguna resistencia, era la cualidad perfecta. Nunca había tenido control sobre su miembro, éste le había salido de lo más impredecible. Con las mujeres que había tenido en su vida había sufrido varias disfunciones, lo que lo motivaba a que se atormentara durante varios días. En la cabeza le bailaban las imágenes de las amantes sonriendo desdeñosas al tratar de disimular su impotencia, pero la vergüenza mayor era que el pene se volvía minúsculo, nomás la cabecita se veía entre una maraña de pelos.

Su aparato sexual ya no actuaba con la carne tibia o caliente, por el contrario, su libido se desvanecía. Sin embargo, esta nueva sensación de la carne fría y rígida le estaba proporcionando un placer indescriptible; era un tipo de sensación que se encendía por la libertad que da la soledad de poner las manos con toda impunidad, sin exponerse a ningún reclamo.

Después de fumarse otro cigarro y haber acariciado repetidamente los senos, las piernas y la vagina, se vistió dándole la espalda, silbando una melodía de moda. Cuando terminó, giró mirándola con una expresión de odio y le propinó una serie de puntapiés con una saña digna de un desquiciado durante un par de minutos; ya agitado, se sentó en el piso para verla de nuevo. El numerito que acababa de hacer se estaba convirtiendo en un rito más. Los golpes que le daba servían para descargar todo su odio hacia las mujeres con una dedicatoria especial a su abuela materna, sin lugar a dudas la mujer que más odiaba en este mundo.



¿Por qué tener sexo con carne fría? Ésa era su revelación más reciente, digna de ser recordada a cada momento o, más bien: realmente era el principio de la historia de sus crímenes. Todo empezó con Paloma, una coneja criolla que fue su mascota preferida. La relación con el animal era del todo afectuosa. Goyo se enternecía con la cara de inocencia que proyectaba. La coneja fue creciendo hasta que llegó a pesar los nueve kilos, entonces, un día, en un arranque de lujuria la violó; para ello empleó cloroformo. La sensación de dominio sobre el animal le encantó y así pasaron los meses. Cuando menos los viernes, si estaba de haragán, a Paloma le tocaba su ración de carne humana. Hace más o menos un mes a Goyo se le pasó la mano con el anestésico, y la coneja murió.

Goyo, consternado por su torpeza, decidió que la disecaría para perpetuar su recuerdo.

Ese día tomó bastante aguardiente mientras acariciaba a su animal, que cada vez se ponía más rígido. Esto lo notaron sus manos y los mimos subieron de tono, quedando el dedo medio dentro del ano de Paloma. Esta sensación viajó como de rayo a su miembro, provocando que la ultrajara por última vez. Paloma, después de muerta, le seguía proporcionado placer, pero esta vez el organismo estaba frío, duro. Con esta nueva sensación su pene creció casi un par de centímetros, llegando al clímax con unos tremendos embates de tipo conejo de a de veras.

Los días pasaron. La sensación rarísima de la carne fría lo acosaba constantemente. Lo primero que pensó fue comprar varias conejas para formar un harén y matarlas cuando estuvieran en celo. Decidió ir al mercado de la Merced, pero no le gustó ninguna coneja. Caminó hacia donde se encontraban las prostitutas. A partir de ese momento comenzó su fijación por hacerlo con una mujer cada vez que veía pasar alguna fémina delgada y joven.

Ése fue el momento en que sintió algo, sin poder explicar qué, dentro de su pensamiento. De inmediato se dio cuenta de que estaba recibiendo el equivalente a una maldición o castigo a corto o largo plazo.

Le llamó la atención una casi niña que caminaba enfrente de la pulquería. La desvistió con la mirada: pesaba unos cuarenta y cinco kilos de peso y apenas pasaba el metro y medio. La verga empezó a dar signos de vida. Esto lo animó todavía más a continuar con el asecho. Se empezó a sentir por dentro como si fuera un felino que vigila tranquilo los pasos de su víctima. Ya estaba decidido. Iba a matar a una mujer.

Gracias a su querida Paloma había encontrado el camino hacia una nueva aventura. Era un reto para él que se sentía muy astuto, también se creía algo conejo por su apetito sexual, pero eso sí, con carne dura.

Cuando volvió a la realidad, de nuevo miró el cadáver y

evaluó que ya lo había hecho tres veces, cada una más placentera que la otra.

Se levantó cubriéndose con una colcha color café, entonces decidió que la iba a gozar ese día y por la noche la enterraría. Una sensación de bienestar lo inundó por todo su cuerpo. Se dirigió a la habitación que servía para dormir. Era notable el desarreglo del lugar a pesar de los muebles, que eran únicamente los indispensables en su cuarto. Encendió la radio en ese momento, se escuchaba una canción de Pedro Vargas y tarareando la melodía arregló su cama.

Lo atacó una verdadera oleada de hambre saliendo de la vivienda. Decidió caminar al carro. No lo usaría por lo menos hasta que los periódicos le indicaran que todo estaba en calma. Como de costumbre se dirigió al puesto de revistas. Compró *La Prensa*. Revisó la nota roja de inmediato. No había nada fuera de lo común. Sus pasos fueron a la Calzada México Tacuba, al restaurante de los chinos. Se sentó de buen humor ya que la nota policíaca no denunciaba ninguna desaparición de alguna prostituta. Pasó a las noticias internacionales. México tenía un par de meses de haberle declarado la guerra a Alemania. Los alemanes estaban ganando la guerra. El Presidente Manuel Ávila Camacho hacía declaraciones todos los días sobre la próxima participación de un contingente aéreo que se uniría a las fuerzas norteamericanas. Vio una fotografía del emperador Japonés Hiroito, entonces sintió que tenía un lejano parecido a él. Su mente jugó con ironía: los dos eran asesinos. Todo indicaba que era cuestión de tiempo la victoria de los Aliados en contra del Eje. A los rusos les estaban dando hasta con la cubeta. Los alemanes ya estaban cerca de Stalingrado. Por su mente pasó la idea de participar en la guerra y así matar legalmente; la desechó de inmediato, la violencia no era su estilo. Pasó a los espectáculos y se maravilló con una jovencita que poseía un trasero de antología. Buscó al pie de la foto el nombre de la poseedora de esas caderas tan sensuales. “María Antonieta Pons”, dijo en voz alta. Leyó una nota del mejor compositor del momento: Agustín Lara. Casi a las diez de la mañana se retiró del local, se creía locuaz, raramente se sentía tan bien. Durante el trayecto recordó cómo abordó a Gabina, la prostituta: escogió el momento en que no había compañeras suyas laborando en la calle, por el rumbo de Chapultepec. El arreglo económico fue largamente pagado, por lo que la mujer entró gustosa al carro, dirigiéndose a la casa de Tacuba.

Su entrecejo se contrajo al recordar que no había logrado una erección decente a pesar del ímpetu que demostraba la sexoservidora. La vergüenza y el odio se apoderaban apabullantes de todo su cuerpo. Sentía que su pene no mostraba ningún interés por justificar su función. La disculpa que daba era que estaba muy nervioso y ése era el punto de partida. El resentimiento se apoderaba de él y la cuerda aparecía entre sus manos para después, momentáneamente, perder la razón. Cuando regresaba a la realidad, ya estaba en plena violación; de verdad no sabía cómo se animaba a atacar. La “verdad” era algo que él mismo se ocultaba. Desde el comienzo reconocía que se engañaba a sí mismo. El odio a las mujeres, a las miradas compasivas mal disimuladas, lo enervaba. Mejor dejó de pensar en la parte negra de esta aventura. Lo principal era recordar lo ajustada y dócil que estaba la vagina de la sexoservidora...

La cercanía de su casa le fue cambiando el carácter. La imagen de Gabina se le presentó desnuda, con las piernas delgadas abiertas de par en par y su sexo ralo de pelo. Vio su reloj y

calculó que ya tenía más de 14 horas de muerta, entonces dedujo que en la noche o mañana temprano la enterraría, pero por lo pronto estaba pensando en más sexo. La idea de manosear el cuerpo lo encendió por dentro.

Al llegar a su laboratorio se topó con el herrero, con quien conversó un par de minutos sobre la situación mundial y la próxima intervención de las fuerzas armadas mexicanas. Decidió regalarle el periódico. Después se encerró bajo llave. Ya adentro encendió el viejo radio con confianza, se acercó al cadáver y le quitó el extremo de la colcha que le cubría las piernas, dejando la cabeza tapada. Por principio no le gustaba verle la cara, solamente el cuerpo. Las horas pasaron a gran velocidad. Él estaba asombrado de su virilidad. Se dio cuenta de que ya eran las cuatro de la tarde, por lo que tendría que ir a su casa a comer para que lo viera su familia.

De mala gana se vistió mientras miraba que el cadáver ya se estaba amaratando; lo cubrió y se preparó mentalmente para soportar unas horas en compañía de su familia. Sentía que dejaba una especie de droga que quería consumir hasta el final; era la misma sensación que tenía cuando probaba los flanes de vainilla que hacía su madre.

Dudó de si sacaba el automóvil y optó por llevárselo. *La Prensa* le daba seguridad e impunidad. En cuestión de unos minutos llegó a las calles de Violeta.

Alegando que tenía que estudiar, se disculpó con su familia. Todos estaban entretenidos oyendo un programa de radio. La mano de la abuela autorizó su retirada. El tiempo que estuvo en el seno familiar su pensamiento estaba en otra parte, en el laboratorio.

Con celeridad se trasladó a Tacuba. Cuando llegó a la calle de Mar del Norte entró en sentido contrario para observar si no veía algo anormal, pero no, todo estaba como siempre. Se bajó frente a su propiedad y abrió el portón introduciendo el vehículo. Cerró y se dirigió a paso rápido hacia la puerta, abrió la cerradura, prendió la luz, localizó el quinqué de petróleo, de esos que usan los ferrocarrileros, lo encendió y reguló la mecha, apagó la luz eléctrica, se acercó al cadáver, se desnudó y se acostó en uno de los lados. El juego de las sombras en esa penumbra le daba más realce a su vileza de ver cómo acariciaba y violaba a la mujer. Después de un par de horas decidió enterrarla. A simple vista, en el improvisado cementerio, se veía la tierra recién trabajada en dos porciones. Se prometió arreglar ese detalle. Después de una hora y cerca de unos sesenta centímetros de profundidad, echó el cadáver de lado, lo tapó rápidamente, se acordó de inundar el lugar, abrió la llave del agua, la reguló muy bajo y se bañó con agua fría mientras con tranquilidad tarareaba una canción de Emilio Turo.

Revisó a conciencia si no había dejado ninguna prenda de la mujer a la vista. En su ruta de búsqueda se encontró con la jaula de la Pita, la coneja negra de siete kilos. Llegó a la conclusión de que ella sería la próxima víctima. Cuando notó que estaba entrando en la época de celo, se dio cuenta de que ya era la una de la mañana y decidió irse a dormir a la casa de sus padres. Sacó su Ford y se enfiló a buena velocidad. En el lugar ya estaban todos dormidos. Pasó a la cocina y tomó un poco de pan mientras cortaba un pedazo de chorizo. Lo devoró de un par de mordidas. Caminó a su habitación, se aventó a la cama y un gran suspiro involuntario de satisfacción salió de su sistema respiratorio. Pensó con agrado que mañana el colchón de su cama estaría seco. 

# El trance de Chamfort\*

CYRIL CONNOLLY

Su madre era *dame de compagnie*, su padre desconocido, y en la pila bautismal fue bautizado simplemente como Nicolás. Madre e hijo vinieron de Auvergne a París, donde Nicolás fue un colegial brillante. Después de travesear un poco con la Iglesia, se sumergió en el mundo de las letras. Hijo del amor, Chamfort fue rápidamente llevado al éxito por el favor de las mujeres, éxito que lo agotó y fue causa de graves disturbios. Obtuvo sin embargo pingües sinecuras, premios literarios y triunfos teatrales gracias a su ingenio, su galanura y al afecto de sus amigos, y al cumplir los cuarenta pudo retirarse a la antigua casa de Boileau en Auteuil, donde se enamoró de una *dame de compagnie* de la duquesa du Maine, de cuarenta y ocho años de edad, que murió seis meses más tarde. Luego de perderla, Chamfort regresó a París para convertirse en el bufón cínico y el favorito titular de la corte. “Mis sentimientos son republicanos, pero vivo entre cortesanos. Amo la pobreza, y mis amigos son todos ricos; creo que las ilusiones son un lujo necesario en la vida, y no obstante vivo sin ninguna; creo que las pasiones nos son más útiles que la razón, y sin embargo he destruido mi capacidad de sentir.” Cuando estalló la revolución, Chamfort, genuino republicano, tomó el partido de su amigo y admirador Mirabeau. Arengó al pueblo en las esquinas y fue uno de los primeros en entrar a la Bastilla. Aunque perdió todas sus pensiones se precipitó con entusiasmo en la política y contribuyó a ella con divisas como: “¡Guerra a los castillos, paz a las chozas!” y “¡Yo, todo; el resto nada! He ahí el despotismo. ¡Yo, es otro; otro, soy yo! He ahí la democracia”. A pesar de que le advirtieron que sus agudezas no serían toleradas con tanta indulgencia como en el antiguo régimen, pronto empezó a poner en solfa y satirizar a los personajes de la Revolución. En 1793 selló su destino con la definición que hizo de la ética jacobina: “¡Sé mi hermano, o te mato!”. “Nada temo —declaró—; no tengo miedo. ¿Acaso no marché siempre en la primera fila de la falange republicana?” Denunciado anónimamente, fue encarcelado. Lo soltaron, pero casi en seguida volvieron a detenerlo. Antes que perder su libertad a manos del partido al que se sabía ligado, salió de la habitación con un pretexto y se pegó un tiro. La bala le rompió la nariz y se incrustó en un ojo. Luego trató de degollarse con una navaja de afeitar. Se restableció en parte de sus heridas, pero murió poco después de pulmonía. Sus últimas palabras fueron: “Me voy al fin de este mundo, en que el corazón tiene que romperse o que hacerse de bronce”.

La complejidad del carácter de Chamfort se debió quizás a su temperamento de hijo del amor; transmutó el amor apasionado por su madre en un deseo general de afecto, que concen-

tró por último en su mujer, que se parecía extraordinariamente a la madre. Aparejado a esta necesidad de amor iba un sentimiento no menos vehemente —y que se encuentra con frecuencia en los bastardos— de rencor a la sociedad. La impetuosidad de sus afectos, combinada con su sentido de la injusticia y su claridad mental, lo impulsaron hacia la Revolución, pero no era uno de esos observadores que puedan permanecer ciegos a los defectos de los hombres, que ponen lógicamente un ideal en acción. Aunque él también creía en la causa que defendían, era un filósofo sin esperanza y sin piedad<sup>2</sup>. Físicamente, Chamfort era alto y hermoso, un Adonis en su juventud, pálido y exhausto al final de su vida; un hombre que vivió a borbotones y al que parecía mantener en vida el fuego de su inteligencia. Mirabeau lo calificó de “noble y digno” y admiró su “cabeza eléctrica”; Chateaubriand alabó sus fríos ojos azules. Su trance nos es familiar a todos, y hasta se corre el peligro de que pronto lo sea demasiado: el trance del revolucionario cuyas maneras y modo de vivir se apegan aún al antiguo régimen, mientras su lealtad y sus ideales pertenecen al nuevo, y que por una especie de valeroso exhibicionismo se siente impelido a decir la verdad sobre ambos y a esperar de los comisarios del Rey Cigüeña la misma admiración hacia sus agudezas que le dispensaran los cortesanos del Rey Leño. La más graciosa de las salidas de Chamfort —que, pese al atractivo de su violencia atrabiliaria, pueden resultar irritantes, por un exceso mismo de adecuación, una especie de urbanidad levemente vulgar—, es quizás su estallido final, justo después de haber atentado contra su vida. Dirigiéndose a un amigo, con su tono usual de serena ironía, le dice: “¡Qué le vamos a hacer! Eso tiene el ser torpe de manos; cuando se las quiere usar ni siquiera logra uno matarse”. En seguida comenzó a explicar cómo, en vez de saltarse la tapa de los sesos, se había saltado un ojo y la parte inferior de la frente, y luego se había dado un tajo en la garganta y hasta acribillado a navajazos el pecho sin conseguir llegar al corazón. “Por fin —concluye—, me acordé de Séneca, y en honor a él quise abrirme las venas; pero él era rico, tenía todo lo necesario, incluso un baño bien caliente; yo, en cambio, soy un pobre diablo que carece de todo. Me he hecho un daño horrible, y heme aquí sin embargo. Pero tengo la bala en la cabeza, y eso es lo esencial. Un poco antes, un poco después, ya es sólo cuestión de tiempo”. 

<sup>1</sup> “En vano se escudriñaría la literatura buscando una máxima más repulsiva que ésta de Chamfort: ‘El hombre debe empezar por tragarse cada mañana un sapo si quiere tener la seguridad de no encontrar algo peor antes de que acabe la jornada’”. Morley, *Studies of Literature*, pág. 95.

\* Cyril Connolly, *La tumba sin sosiego*, México, Premia editora, 1987.

# Chamfort refiere su muerte

BRUNO FRANK

Al presente, hace casi siete semanas que procurara acabar con mi vida; una tentativa fallida, por cuanto soy capaz de dar razón de ella, y sin embargo no del todo fallida.

A mediados de noviembre se apersonó en mi domicilio oficial, Rue Neuve des Petits-Champs 18, desde el cual ahora escribo, con su gente, un comisario de la policía republicana que exhibía una orden de detención en contra mía, Sebastien Roch Nicolas, conocido como Chamfort, escritor y Director de la Biblioteca Nacional.

A este último arresto no tenía pensado consentir, por más que no se tratara del primero. So pretexto de empacar mis efectos personales, me escabullí hasta una cabina apartada y ahí procedí a disponer de mi vida, plenamente resuelto y aun pertinaz. No supe arreglármelas solo. Fui descubierto en comprometido trance; llamaron a médicos que hicieron todo por salvaguardar con sus buenos oficios la existencia de la que pretendía desembarazarme. Desde entonces me visitan a diario estos eruditos, los doctores Brasdin y Beaudouin, lo mismo que me honra el eminente cirujano Dr. Dessault, por mero interés en la preservación de un preclaro autor, según me lo hizo saber él, y en todo caso sin contar con remuneración alguna. Estos señores están fascinados con los progresos que su ciencia ha operado hasta ahora en mí, y por mi parte me cuidaré muy bien de dar al traste con su ilusión antes de tiempo.

Mas yo lo sé mejor que ellos: este que comienza habrá de ser mi último año.

Escribo pues en Noche Vieja, en los umbrales del año 1794. Desde mi estudio en el primer piso contemplo la Rue Neuve des Petits-Champs. La mesa sobre la que trabajo —compelido a una aparatosa postura en virtud de las dolencias que me inflige cada una de mis extremidades— se ve confinada por sendas ventanas con cortinas azules recorridas. De una sogá que atraviesa la calle pende afuera una farola de aceite a la altura de mi rostro, que en las noches de ventisca oscila de fijo, mecida por pequeños copos de nieve. De ahí que perciba su luz como un lechoso resplandor lunecino, cosa que no es de sorprender, habida cuenta de que dispongo tan sólo de un ojo.

Sobre mi gabinete, una fina pieza abombada —correspondiente con seguridad al periodo temprano del penúltimo rey, y, por lo demás, propiedad de la Biblioteca Nacional, lo mismo que casi todo mi mobiliario—, arden tres cirios que, dadas las circunstancias, alcanzan escasamente a iluminar la hoja delante de mí. Al punto reparo en que este último párrafo acabo de escribirlo sobre el anterior, de suerte que resultó un garabato a duras penas legible, y opté por copiar ambos. A despecho de mis animosos facultativos, paladeo gustoso de antemano la negrura que me ronda de cerca.

Aun de la quietud que habrá de embargarme luego de tanto hablar, de tanta risa y recitación, esta noche de Año Nuevo

depara un goce anticipado. Aunque el oído se cuenta entre las pocas funciones de mi cuerpo que permanecieron intactas, nada discierno. Parece no hallarse ni un alma expuesta a la precipitación de copos de nieve abajo en la calle. A mis espaldas intuyo la anchurosa profundidad de la biblioteca a oscuras, con sus cientos de miles de volúmenes alineados en los estantes, pasillos y más pasillos, así como también intuyo la negra savia correr por los miles de millones de caracteres que pululan ávidos de captar a congéneres desconcertados, hacerlos entrar en razón y servirles de guía.

El gusano deambula por ahí, horadando, de un volumen encuadernado en piel a otro. El escorpión de los libros, *Chiridium Museorum*, lento como el progreso humano, avanza a mitad de su inconsciente periplo hasta el Tercer Año de la Guerra del Peloponeso o sobre la Entrada al Paraíso de Dante. De escucharse al unísono, el carcomer y raer conjunto de estos gusanos rechinaría igual que una sierra. Empero, se hallan bastante apartados unos de otros, cada uno roe en solitario. Por lo que nada escucho.

Algo muy distinto alcanzo a escuchar cuando contengo el aliento, un delicado resuello, un sutil ronquido para ser más preciso, proveniente de aquella retirada cabina en la que puse en práctica mi arrebatado conato de hace siete semanas. Lo presiento más que escucharlo, mas lo presiento.

Quien tan morigeradamente ronca es el gendarme Louis le Courcheux, un custodio asignado a mis aposentos por el tribunal, al cual tengo yo mismo que costear incluso a razón de tres francos diarios. Podría antojarse superfluo estipular un guardián permanente a quien difícilmente puede ver y cuyas extremidades le fallan por cuádruple partida. Pero muy lejos estoy de lamentarme de esta situación, pues el gendarme Le Courcheux se ha convertido en comedido compañero y asistente en lugar de polizone.

Se trata de un hombre alrededor de los cuarenta, persona exquisita y sin falta, pulcramente rasurado, cuyas vestiduras acusan tan poco carácter oficial como es posible. Su proceder es discreto y grácil, su cortesía inquebrantable, incluso algo ceremoniosa, nada semeja más que a un leal ayuda de cámara de una recóndita casa solariega. Actualmente se halla al servicio de la República y saca modesto provecho de las trocadas circunstancias. Con todo, he de reconvenirlo a menudo por no emplear “Ciudadano” de continuo, atendiendo a las pautas dominantes, y se dirija a mí como “Monsieur”, en tercera persona, o como “Monsieur de Chamfort”, las más de las veces. Lo reconvegno no porque me guste ser llamado “Ciudadano” invariablemente, sino porque el epíteto aristocrático no me sienta, jamás me ha sentado tampoco, y porque mi susceptibilidad, aun en asuntos tan nimios, se rebela mecánicamente contra toda laya de ínfulas y amaneramientos. Mera cuestión ner-



*¡Qué la descañonan!*

viosa. Como si puertas adentro no resultara indiferente que a uno se le trate de Vizconde, Marqués, Ciudadano o Hijo de Perra por igual.

Por lo demás, no podría haber pensado en compañero más afable, en vida o agonía, que Louis Le Courcheux. Si está facultado para ello no lo sé, mas se ha ofrecido a llevarme a pasear por París. Abajo, en la esquina de la Rue de Richelieu, alquilo una de las apollilladas literas que ahí todavía están disponibles; él marcha a lado de los cargadores y los llama a que estén atentos sobre las irregularidades del adoquinado. Enclenque y a tientas hago acto de presencia ante el círculo de las amistades que me restan, así paso una amena velada en compañía de hombres lúcidos, un placer que desde siempre me ha resultado caro, y uno de los contados que declino con renuencia en vista de mi incursión en el perentorio sigilo.

Mi gendarme está casado. En una de nuestras excursiones por París, acaso por azar, acaso no, acertamos a pasar por las inmediaciones de su vivienda en la Rue Jean de l'Eglise, a lo que él me solicitó honrarlo en visitarla. Tuve la impresión de que aguardaba por nosotros. Su mujer, una agraciada y regordeta pícara, del tipo híbrido español que en la parte norte del país suele saltar a la vista, tenía dispuesto un refrigerio que nos fue servido por la sobrina del gendarme, una encantadora criatura de dieciséis años, de natural candoroso y espabilado a la par.

Esta sobrina, de nombre Denise, hija de un hermano del gendarme, huérfana, había gozado de instrucción al cuidado de las "Dames de La Congrégation" en el Faubourg Saint Michel, y sólo recientemente había sido remitida a sus familiares tras la clausura del convento. El tío la animó a mostrarme su cuaderno escolar, lo cual ella hizo al punto con donaire y disimulado orgullo. Reconocí la escritura más clara y garbosa del mundo, índice de natural buen gusto y armonioso desarrollo intelectual. Valiéndose de cordial asentimiento con la cabeza en alusión a su sobrina, mi gendarme hizo notar que la superiora, o rectora, de aquella institución educativa solía dictar a la joven Denise, pluma en mano, todos sus partes y comunicados para los prelados, no únicamente en virtud de su caligrafía, por cierto, sino asimismo por la confianza que le inspiraba su discreción.

Para todo ello existía una razón. Le Courcheux debía de haber observado cuán onerosa me resultaba mi condición a la hora de redactar una breve misiva siquiera, por tanto ponía a mi disposición a la sobrina de la letra delicada en calidad de amanuense, sin gratificación y a sus instancias. Los modales con que dispensaba este gesto hablaban de tan grande deferencia por el oficio literario, que experimenté una punzada de agudo remordimiento, comoquiera que yo mismo había perdido del todo semejante respeto a lo largo de mi trayectoria. Al menos así me pareció.

Le agradecí cordialmente. En modo alguno era mi propósito atribular con nuevos empeños mi condición de quincuagenario en tanto durara este corto aplazamiento. De paso me vino a la mente dejar por escrito algunas observaciones acerca de este mismo pervivir que consideraba vacío y fútil, frívolo, anodino, vano y trivial. Encogido de hombros me había resignado a la idea de que ninguno de mis versos o de mis páginas, ambos títulos revisten mi menester, sobrevivirían a mi desahuciado cadáver. Con la suficiencia de quien se ha desengañado de sí mismo, del que acierta a evidenciar como mínimo que no se deja enredar por ilusión alguna, había incluso declinado a pie juntillas que librería alguna recopilara el fruto de mi actividad literaria. A mis espaldas, sobre los estantes que se dilatan por los pasillos dentro del vasto recinto de la Biblioteca Nacional francesa, no figura compilación alguna de las obras completas de Chamfort.

Esta semana, empero, a muy poco de aquella escapada a la vivienda de mi gendarme, he sido cimbrado. Alguien me ha conmovido. Se ha presentado alguien. En la oscuridad, delante de mí, ha apuntado un amigo, indicándome una lucecilla a la distancia. Mi impronta no habrá de desvanecerse por completo, asegura el amigo, y encomiástico se hace eco aun en latín con mayor énfasis. Su estimable voz vaticina “posteridad” a una buena parte de lo por mí gestado, precisamente a aquella que yo menos atención prestaba, cuya publicación había descartado y por ende casi relegado al olvido.

No es este amigo el más allegado. No es un exaltado, ni un parlanchín, mas su opinión habrá ya de probarse. Mas por poca razón que comporte —en tanto advierto estupefacto cuán solícito acoge mi corazón su dictamen y estímulo en acre resignación— y cuando realmente yo *non omnis moriar*, de haber hombres en el lejano porvenir que a las sílabas de mi nombre vinculen una concepción y reconozcan a su fenecido portador algunas centellas de sapiencia y acerba chocarrería, acaso no estaría de más que los tales por nacer conocieran un poco de la quebradiza existencia que en su momento fraguara dichas escuetas centellas.

Tres o cuatro meses habrán de bastar para poner a punto la semblanza abreviada de una vida. Mas, de desbaratarse antes de tiempo la hebra, de reventarse un vaso sanguíneo o desplazarse la canica de plomo alojada en alguna parte de mi cabeza, no perduraría de una existencia de parte a parte fragmentaria más que un pedazo a riesgo de extraviarse. En cuanto a crédito, nada pierdo con ello, mi vida no ha sido del género que suele encomiarse a la juventud.

Voy a solicitar, pues, a mi gendarme se sirva traer mañana a su esbelta sobrina. Deambularé renqueando por la habitación mientras dicto, o me sentaré a un costado en el fresco sillón de

cuero negro a aguardar qué clase de peces emergen del estanque de mí pasado a procurarse aliento. La joven Denise se sentará a la mesa, aquí entrambas ventanas, yo contemplaré su blanco cuello inclinado, su cabello reluciente del color de la miel trigueña, y un hálito de candorosa lozanía ondeará hasta mí. Resulta exquisito compartir el mismo aire con una inocente criatura femenina. Ahora que jamás acusé aptitud para semejantes alegrías en vida, la cual entraña pasajes poco apropiados para que de ellos tome nota criatura tan tierna y, hasta recién, al cuidado de las Dames de La Congrégation. En esta inteligencia he de pedir a Denise que deje la pluma y encargarme yo mismo de escribir, a despecho de las dolencias y la mermada visión.

Ahora mismo he de lidiar con tales achaques. En el curso de estas escasas páginas debo de haber garrapateado un buen trecho. La ventisca ha dejado de ensañarse con la farola hexaedral a la intemperie. Presumo que al momento habrá transcurrido la primera hora del último año de mi vida.

La transición se ha consumado inadvertida. No hubo repicar de campanas a la media noche, primero porque al presente no se las hace tañer con regularidad, y luego, porque esta noche no supone en absoluto un giro con arreglo a nuestra nueva era.

Paso revista al calendario comparativo, impreso para la holgura de neófitos perplejos, y compruebo que estamos a once del mes Nivôse, “luna nívea”, a la cual precede una “luna madura” y sigue una “luna pluvial”, correspondientes al segundo año de esta era, que despuntó al parejo con el advenimiento de la República.

Semejante reordenamiento da muestra de pundonor histórico y positivismo. En cuanto a mí, empero, me siento sobrepujado por el engorro de familiarizarme más a fondo con él, lo mismo que con las nuevas medidas de longitud y peso, al parecer más prácticas que las anteriores. Comoquiera que sobre esta turbulenta esfera no tenga más por medir o pesar, bien puede resultarme indiferente a partir de qué acontecimiento habrá de contarse este último año de mi existencia, si desde la quimérica aparición del compasivo prócer que se desangró por los hombres en la cruz, o por el certero y verídico desenlace del lánguido príncipe que expiró en el patíbulo los pecados de sus predecesores sin mayor conocimiento del asunto.

He sido testigo de grandes cambios, un testigo animado por aversiones, que no por acometividad. Con la conciencia alerta, me debato en medio del más violento cisma y estertor ecuménico de la historia reciente, y así, entre la agonía y la muerte, con un pie en la tumba, rindo mi informe. 

*Traducción del alemán de Salvador Reza*

# Amarás a tu prójimo

ESTHER SELIGSON

*Soy los monstruos que habitan mis sueños  
los monstruos que me enseñan quién soy.  
Czeslaw Milosz, Carta a Raja Rao*

Anoche me robaron a Dios. Fue Iris vestida de blanco, Iris con sus rezos y su fervor se pasó toda la madrugada hasta el alba pidiendo perdón para los pecados del mundo, Iris exigiendo clemencia para los malvados y transgresores, su voz monótona y plañidera no perdió el ritmo, no disminuyó su intensidad, salmo tras salmo, los ciento cincuenta y vuelta a empezar, y yo sin poder concentrarme en mis propias plegarias, a qué tanto suplicar y suplicar como si sólo ella tuviese el poder de hacer de Dios su obediente esclavo, su devoción me empobrecía más que nunca y aún no he podido atraparla en falta, no tanto por ella como por mí, por el rencor que ya no me deja en paz, este estar al acecho tras los visillos a la espera de que algo falle ahí enfrente en esa vivienda estrecha y casi miserable de dos cuartos apenas suficientes para las tres que si no fuera por la terraza que se abre a la calle no habría ni por dónde entrar o respirar, y ahí se pasó Iris la madrugada entera suspire y suspire “no

permitas que mis pies resbalen Señor ni me impidas procurar-te escudriñame antes de ser creada yo ya nada valía y ahora que he sido creada es como si no lo hubiera sido polvo soy en la vida y más lo seré en la muerte ante Tus ojos estoy llena de oprobio y vergüenza sea Tu voluntad mi Dios y Dios de mis antepasados que yo no vuelva a pecar en Tu pródiga misericordia limpia mis pecados que hemos cometido ya sea a sabiendas o por ignorancia adrede o sin pensarlo”, alteró todo, si no es que mintió pues nada tienen que ver sus antepasados con los nuestros aunque el Rav la haya confirmado y yo misma la aceptara al igual que todas en el vecindario cuando llegó a pedir asilo a la Casa Refugio para Mujeres Golpeadas que la municipalidad tiene en este barrio y yo mejor me apliqué en procurar-le un lugar más independiente, primero para que no la encontrara el marido y segundo porque me conmovieron las gemelas, tan bonitas, luego luego mi olfato de casamentera les



echó el ojo para un matrimonio ventajoso que me reporte también una buena ganancia, a fin de cuentas ése es mi oficio, y hasta un modesto empleo le conseguí a la Iris y dónde dejarlas a ellas sino en la escuela de Tamara que igual hace sus obras de caridad con otras huérfanas, no me jacto de nada pues estamos en este mundo para ayudarnos los unos a los otros y a mí ellas me gustaron desde que las vi tan asustadas y en el desamparo pero ni sé bien por qué ni cómo las cosas fueron cambiando y empecé a aborrecerla, además estoy segura de que Iris adivinó de inmediato lo que a mí todavía ni me pasaba por la cabeza, pero por qué no es mi alma humilde, Señor, ni está mi lengua libre de calumnia, aunque no está levantando falso testimonio, absuelve mis debilidades e impulsos pues nada existe que no tenga una partícula de Tu Bondad, hechos a Tu Imagen y Semejanza, si tomaras en cuenta nuestros pecados, ¿quién quedaría con vida? ¿Quién podría resistir frente a Tu Juicio? No me precio de que mi plegaria sea intachable, pero hasta que Iris llegó aquí nada se hacía sin mi intervención dada mi fama entre las mujeres de tener buena mano y de que mis peticiones las concedías Señor sin tardanza, no porque sea taumaturga ni por mis propios méritos desde luego, ¿quién soy yo mi Dios para que pongas Tus ojos en mí?, sino porque ésa ha sido Tu Voluntad así fue Tu Voluntad el que Iris parara aquí y tuviéramos que terminar midiéndonos frente a frente, la advenediza, a causa de no sé qué prueba mutua por atravesar, pero afirmo que no hay en mí envidia pues para qué querría yo desear su lugar si Iris no está en la vida de la misma manera en que yo estoy, ¿no es verdad?, a mí me marcaste Señor con el estigma de la esterilidad y así el marido me divorció según la ley, en cambio fue Iris quien se huyó del esposo que la golpeaba, dice, sin escrúpulo alguno, y tomó consigo a las gemelas que la acompañan inseparables, ocurrió sencillamente que en algún momento su presencia empezó a invadirme, a irritarme, a adentrarse en mi interioridad, a perturbar mis pensamientos, y para colmo me implica en los suyos y ahí me desnuda y me disminuye, por eso empecé a espiarla, para que de alguna forma también ella dependiera de mí tan turbiamente como yo dependo de su ambigua compasión de madre colmada, de su solicitud piadosa. Aquí en el vecindario dicen que parecemos hermanas, Iris y Lea las pelirrojas, y a las dos nos da risa, aunque a mí ya no de gusto como al principio pues ahora barrunto perfidia y no sé si Iris ya percibió cuán sombra somos la una de la otra prestán-

donos servicios que ninguna necesita, acompañándonos a donde preferiríamos ir solas, siempre asechándonos, de seguro ya habrá corroborado que en el fondo nunca acepté su conversión y que permaneció prisionera de mi mirada desde el inicio pues aquí yo conservo mi autoridad por mucho que su piedad y congoja se hayan colado en el corazón de la gente y sabe muy bien que cualquier paso en falso va a perderla irremisiblemente, es decir a sus hijas pues sospecho que a su propia persona no le adjudica ningún precio pero las gemelas son la luz de su vida y el aire que respira, y sí, sé Señor Dios de mis padres que estamos hechos a Tu Imagen y Semejanza y que ante Tus ojos no existe diferencia alguna entre Iris la misionera holandesa y Lea la casamentera hija de Tu cepa, y sin embargo sí la hay, abismal, entre su búsqueda heroica de martirio y mi entrega gratuita por amor a Tu servicio Mi Dios, y con ese espíritu de víctima propiciatoria Iris está orillando a las hijas a la perdición escondidas aquí pues nadie va a querer tomarlas para esposa si no tienen un padre que las avale y eso no es justo, de ahí que me sea tan doloroso y caro el destino de esas niñas, sí, así es, y sí, lo que en esta madrugada he sentido claramente es que Iris también le ha robado a Dios a sus propias hijas, y no, no tiene derecho a implicarse en su existencia, a convertirlas en sombra de su antigua fe pues el haberla desplazado hacia Ti, Señor, no las absuelve del todo a menos que el padre las rescatara para una vida santificada en la cotidiana normalidad, ¿por qué tienen que andar ocultándose si ellas son inocentes? Quizás Me has escogido entonces para interceder en su favor, por amor a Ti no por mérito mío, quizás es ésta la prueba que nos envías y con ella curar la flaqueza de enojo y aborrecimiento que padezco hacia Iris, y si es así, no nos abandones, no nos deseches, Dios y Señor nuestro, Tú eres misericordioso, hazlo en el nombre de Tu Bondad, rescata mi indignidad, abate a mis enemigos por muy blancas que sean sus vestiduras, por mucho fervor que haya en sus súplicas, descubre su impostura y absuélvenos a ambas porque ella peca escamoteándole la felicidad a sus hijas y yo pecaré por arrogancia queriendo enmendar Tu mundo, Creador nuestro y Redentor, ya que habré de avisarle al marido dónde vino a refugiarse Iris, que la enfrente y recupere a las hijas, entonces ella tendrá que abandonar este lugar y Tú volverás a ser mío y de esas niñas, Padre nuestro Dios de mis padres, alabo tu Nombre por siempre y para siempre, amén... 

# Iluminaciones [o]\*

HUGO ALFREDO HINOJOSA

Basado en motivos de *Hubo una vez una guerra*, de John Steinbeck.

cualquier día, ciertos lugares

*confesiones entre los escombros*

no he muerto

corro hasta la casa de mi madre  
donde descansan mis nombres

*no he muerto*

las horas son ramas  
que se vuelven polvo  
ajeno a los campos

no he muerto

el concreto me acaricia  
me convierte en salvia

*no he muerto*

me arrastro en este laberinto sin prados

no he muerto pero tengo la boca seca

eterno es el día

*no he muerto y no puedo comer*

quisiera abrir un hueco y meter por ahí mis tripas  
usarlas como una sogá para luego escapar  
y ver la luz

tomar el viento

llorar la muerte

no he muerto pero tengo sed

me orino las manos calmo mi hambre

*no he muerto y no tengo ojos*

los arranqué de sus cuencas

los hago viajar por los escombros buscando una salida

no he muerto pero estoy abandonado

no se puede escapar

lo llevo atado al vientre

siento cómo se mueve

me devora

mi bestia hambrienta

mi hijo

mi aborto

mi bestia

qué me importan sus llantos

*no he muerto pero veo luces sobre los restos*

no he muerto y la noche es blanca

no he muerto

escucho el ladrido de los perros

tienen hambre

que ése deje mi brazo

mi pierna

que me deje entero

que me regrese a la tumba

bajo los escombros

un metro, subterráneo

—tienes que decirles

—no

—tengo hambre mamá ya te lo dije muchas veces no me haces caso me duele la panza me duele ya quiero llorar

—disculpe me da su hora por favor perdón que lo moleste pero a esta hora si es la hora que espero me tengo que tomar las medicinas en la vejez uno tiene que cuidarse no me gustaría quedar muerto en la calle como un perro y apestar qué horror

—no tengo reloj

—hace bien muy bien

—disculpe usted sabe la hora perdón que lo moleste pero es que me tocan las medicinas y no sé si ya es hora

—tengo sed mamá tengo sed mamá tengo sed sed sed voy a llorar voy a llorar voy a llorar

—cállate ya por favor

—lo siento no sé qué hora es

—los hombres son perros y las mujeres putas mi madre en primer lugar no sé por qué se hacen diferencias cuando se dicen estas cosas no soy un radical leo la palabra del señor todos los días me suscribo a ella y sigo al pie de la letra sus mandatos no pego golpeo mi pecho hasta desfallecer soy un hombre demasiado bueno para este mundo no quiero derramar ninguna lágrima por nadie por nada

—si no le vas a decir a tus padres nada de lo nuestro por lo menos deberías decirme que me quieres

—no quiero hablar ya déjame en paz eres igual que ese niño imbécil que llora alguien debería darle un poco de agua para que se calle

—qué calor cuánta gente qué delirio tal vez un día de estos meta en mi boca un poco de mierda no sé si al hacerlo mis dientes se cansen de masticarla supongo que se me va a meter en los huecos de las encías qué emoción

—son unos dementes no sé por qué dicen esas cosas horribles de su madre gente como ésa debería estar encerrada en algún psiquiátrico donde los bañen con agua helada por las noches

\* El texto siguiente forma parte de la pieza teatral "Iluminaciones [o]", incluida en el libro *Siglo*, de Hugo Alfredo Hinojosa, de próxima publicación en el sello de Ediciones El Milagro.

para que olviden sus idioteces  
 —la calle es mejor que este túnel  
 —a la gente que está aquí deberían lanzarles una bomba que acabe con todos eso es lo que pienso tírenles la bomba una cualquiera la que sea  
 —tengo frío mamá  
 —tírenles la bomba  
 —cállate  
 —tengo hambre mamá  
 —tírenles la bomba  
 —cállate  
 —no tengo ganas de callarme siempre me callas mamá por qué lo haces  
 —tírenles la bomba  
 —te callo porque eres un imbécil quisiera meterte un clavo en el hocico y enterrártelo tan profundo que te pudra sería divertido  
 —cuánta locura tírenles la bomba  
 —eso no me quita el hambre  
 —tengo que hacer una llamada  
 —mi madre me daba polvo tierra en la leche para que se me quitara el hambre tírenle la bomba  
 —sólo una vez por favor nada más una vez MI AMOR amor mío  
 —por qué no me quieres mamá  
 —mi teléfono tiene buena recepción  
 —no quiero me va a doler si quieres puedes meterme un dedo nomás para después olerlo no te quiero enténdelo  
 —mi hijo se llenaba de miel las manos para lamérselas después de que se las molía a golpes  
 —por qué no déjame tocarte te quiero  
 —por qué nadie explota estos túneles los vagones deberían ser grandes ataúdes los gusanos ya están dentro qué hace falta tírenles la bomba  
 —no me voy a callar voy a gritar para que la gente me escuche y diga que soy un pobre niño que sufre maltratos por parte de su madre voy a llorar voy a llorar  
 —un explosivo en el hocico de ese niño para sacarle la mierda estaría bien  
 —no tosa en mi rostro  
 —cuál era el número  
 —dónde quiere que tosa  
 —no me acuerdo del número  
 —tírenles la bomba  
 —en otro lugar  
 —en qué otro lugar  
 —espero hacer esa llamada pronto  
 —en cualquier lugar que no sea mi rostro  
 —no me empuje  
 —ya estoy llorando mamá  
 —cómo haré para no empujarlo  
 —no lo sé  
 —yo tampoco lo sé  
 —voy a escupirlo si continúa molestándome  
 —no me da miedo que grites hazlo para que vean que no eres mi hijo  
 —no tosa en mi rostro  
 —te voy a meter un dedo  
 —sólo uno  
 —hago la llamada

—calle a su hijo señora o le romperé el hocico  
 —hágalo a mí no me importa  
 —tímbra tímbra  
 —métele el dedo y hazla explotar  
 —vas a dejar que me peguen  
 —no me escucha hágalo  
 —vas a dejarlo  
 —dije que nada más el dedo usted no se meta viejo imbécil  
 —bueno bueno bueno  
 —si lo va a hacer hágalo con fuerza pégueme a ese niño estúpido  
 —que no me empuje señor  
 —dime que me amas  
 —aquí abajo parece un infierno  
 —tímbra tímbra  
 —te gusta  
 —no siento nada huelo mal me estoy pudriendo dime me estoy pudriendo  
 —no me pegue no me pegue  
 —QUE NO ME EMPUJE SEÑOR  
 —ya no me pegue  
 —ya te vas a callar niño estúpido  
 —tírennos la bomba  
 —dime si me estoy pudriendo  
 —voy a reventarle el hocico si sigue chingando  
 —ya no ya no mamá mamá ayúdame ya no te voy a decir nada  
 —ya no t i m b r a

#### *oficina del vendedor de seguros I*

tengo un seguro de vida y vendo seguros de vida lo compré al iniciar mi trabajo en esta compañía que se encarga de proveer bienestar a la gente común he vendido tantos seguros como suspiros he desperdiciado aun así debo superar la marca establecida por un EJECUTIVO de ventas en otra ciudad que ha sobrepasado el tope comercial lo mejor que puedo hacer para superarlo es facilitar la compra de pólizas en las comunidades pobres los próximos compradores necesitan de mis servicios para ser felices y permanecer unidos así pues debo visitar un mayor número de casas para que contraten mis servicios nadie debe arrepentirse de nacer pobre la vida nos da la oportunidad de ser felices soy el modelo perfecto de la superación personal mi historia siempre será una de éxito SONRÍOSONRÍOSONRÍO ahora me dejo caer y mi compañero de curso me atrapa eso es lo correcto bien hecho excelente es usted un triunfador me dice el motivador estoy listo para salir a la calle

#### *bombre-niño vestido con un chaleco de explosivos*

cuando todo explote mamá me va a dar otro caramelo que devoraré sin pensar ella dice que de tanto comer caramelos se me van a caer los dientes pero eso no me importa ella dice que de tanto comer caramelos se me van a caer los dientes pero eso no me importa cuando explote todo mamá me va a dar otro caramelo que devoraré sin pensar en hacerlo cuando explote todo mamá me va a dar otro caramelo que devoraré sin pensar en hacerlo ella dice que de tanto comer caramelos se me van a caer los dientes pero eso no me importa

#### *oficina del vendedor de seguros II*

en alguna ocasión recuerdo haber vendido un seguro de gastos médicos a un hombre que todas las mañanas vendía café afuera

de la estación del metro más concurrida de la ciudad él decía tener 65 años la edad justa para alcanzar a cubrir los requisitos del contrato antes de comprar el seguro el vendedor acudió a mi oficina con su mujer tomada del brazo él preguntó por todas las cláusulas del contrato después de leerlo el vendedor volteó hacia su mujer pidiéndole consejo para la compra del seguro minutos después todo estaba listo y los tres participantes sellamos el negocio con un apretón de manos meses después el cuerpo del vendedor quedó deshecho al explotar la estación del metro donde tenía su puesto ambulante fue encontrado horas más tarde por rescatistas de la ciudad él tenía el cuerpo deshecho perdió la mayoría de sus miembros ya en el hospital permaneció en una sala incubadora donde se cuidaba que otras partes del cuerpo no se le desprendieran por completo las últimas extremidades que lo abandonaron fueron la nariz y un fragmento de lengua recuerdo que acudí al hospital para hacer firmar al hombre una cláusula donde se especificaba que los accidentes por ataques terroristas quedaban fuera de cualquier cobertura la mujer del viejo preguntó por qué debía fir-

mar los documentos atiné a decir que era una manera de asegurar el buen funcionamiento de la póliza adquirida firmé sonreí y salí del lugar ya con los papeles en regla todo salió bien mis bonos laborales subieron de tal manera que mi contrincante en la otra ciudad quedó por debajo del tabulador de ventas me convertí en el mejor hombre no volví al hospital meses más tarde visité la colonia donde vivían aquellos viejos clientes me topé con el vendedor y su mujer tenían un nuevo puesto donde vendían dulces y su clásico café la esposa del vendedor atendía a la clientela mientras que él se mantenía en su silla dando las gracias a los compradores con balbuceos que nadie entendía intenté platicar con ellos acerca de un nuevo plan de retiro que recién había salido al mercado la mujer me escupió el rostro y comenzó a gritar de manera exagerada y siniestra no comprendí su enojo me mantuve en silencio mientras ella después de haberme escupido continuaba maldiciéndome qué mediocridad pensé esta gente no sabe sonreír di media vuelta me marché del lugar SALVAJES. **G**



# El suicidio de la sociedad

CITLALI MARROQUÍN Y LUIS ALBERTO AYALA BLANCO

Las formaciones sociales son promontorios de inmundicias que obliteran los canales de desagüe de la propia existencia. No sabemos de dónde han sacado que son un mal necesario. En realidad no tendrían por qué existir. A menos que estemos atrapados en el engaño de la perpetuación del ser humano a cualquier precio. Si es verdad que somos seres racionales, tendríamos que optar por dejar de vivir. Esto es algo que Schopenhauer tenía muy claro. ¿Para qué seguir con este estúpido ajeteo que, a la manera de un péndulo, nos lleva del desasosiego al aburrimiento? ¿Por qué continuar prolongando una lucha que de antemano está perdida?<sup>1</sup> Lo último que tenemos es

conciencia de todo esto. Vivimos de una serie de expectativas que, poco a poco, nos permiten seguir arrastrándonos, hasta llegar al desagüe... El fin del camino, después de todo, es el mismo.

Y si lo anterior es cierto para cada uno de nosotros, ¿qué decir de las formaciones sociales!: lugares imposibles donde toda la necesidad humana se concentra. ¿A quién se le habrá ocurrido que los hombres son seres *políticos*? Eso ya nadie lo cree. Aunque hay que admitir que pocas veces se ha escrito tanto y tan mal sobre la sociedad como hoy en día. Ahora, en lo que ganamos conciencia de nuestra propia autoextinción, por lo



<sup>1</sup> “Por su origen y por su esencia, la voluntad está condenada al dolor. Cuando ha satisfecho todas sus aspiraciones siente un vacío aterrador, el tedio; es decir, en otros términos, que la existencia misma se convierte en una carga insoportable. La vida como péndulo, oscila constantemente entre el dolor y el hastío, que son en realidad

sus elementos constitutivos. Este hecho ha sido simbolizado de una manera bien rara: Habiendo puesto en el infierno todos los dolores y todos los tormentos, no se ha dejado para el cielo más que el aburrimiento. A. Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, México, Porrúa, 1983, p. 244.

menos deberíamos concentrarnos en aclararle a la gente que continuar respirando no es la solución de nada. La vida en sociedad es algo que debemos tolerar si es que queremos seguir vivos, pero no es algo que tengamos que soportar *per se*. Ya ni siquiera tenemos sistemas simbólicos que nos enseñen a percibir la vida como un paso a otra cosa. Por alguna extraña razón nos quedamos atascados en el fango, y parece que cada vez nos gusta más. Si no, ¿cómo explicarnos todas estas teorías de moda sobre la democracia, la sociedad civil, los derechos humanos y demás perogrulladas que tanto agradan? De alguna forma tenemos que legitimar nuestra falta de razón recurriendo a creencias de carácter espurio. Todas esas teorías no son sino balbuceos emitidos por el resentimiento de aquellos que no pueden sentir de una vez y ya. Por eso apelan a soluciones que lo único que logran es hacer cada vez más amargo el trago de la existencia.

No crean que no sospechamos que toda esta perorata tiene un aire como de adolescente enojado..., y seguramente es cierto, pero por lo menos es un paso para salir de la oligofrenia reinante. Decir que la vida en sociedad es un asco no es nada nuevo, el propio Rousseau lo sabía:

“Diríase que todos nuestros cuidados, tratando y alimentando bien a estos animales sólo logran degenerarlos. Lo mismo pasa con el hombre: haciéndose social y esclavo, tórnase débil, tímido y servil, y su manera de vivir delicada y afeminada termina por enervar a la vez su fuerza y su valor. Añadamos que entre las condiciones de salvaje y civilizado, la diferencia de

hombre a hombre debe ser más grande aún que la de bestia a bestia, pues habiendo sido el animal y el hombre tratados igualmente por la naturaleza, todas las comodidades que éste se proporciona más los animales que domina, son otras tantas causas particulares que le hacen degenerar más sensiblemente.”<sup>2</sup>

De igual forma, Sócrates se despidió elegantemente con una sonrisa que no enseñaba otra cosa más que gozo ante la muerte. Si prestamos realmente atención a sus últimos momentos de vida, veremos que se fue feliz sobre todo por que ya no iba a tener que escuchar las estúpidas preguntas de sus discípulos. De hecho, la función de las sociedades, hasta antes de la llamada modernidad, radicaba en enseñar a salir de este mundo lo antes posible, o, en su defecto, a tomarlo como una prueba que los dioses nos encomendaron para que aprendamos algo; pero, para ser exactos, el mundo no es más que un divertimento diseñado por algún demiurgo, con el único fin de soportar el inexorable aburrimiento divino.

Cioran lo entendió muy bien —aunque su comprensión derive de la perspectiva del animal moderno, sin el bagaje de la esperanza religiosa—, al enseñarnos que “no vale la pena matarse, uno siempre lo hace demasiado tarde”<sup>3</sup>. Curiosamente, las palabras de Cioran acaban por derrumbar todo nuestro planteamiento anterior. Ni modo, ante la evidencia hay que inclinarse. Así que sigamos arrastrándonos como buenos gusanos que somos, pero eso sí, siempre de la mano, en una buena y decente actitud democrática. 

---

<sup>2</sup> J. J. Rousseau, “Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres”, *Obras escogidas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, p. 536.

---

<sup>3</sup> E. M. Cioran, *Del inconveniente de haber nacido*, Madrid, Taurus, 1990, p. 54.

# Mil palabras de paso a Fernando del Paso

JOSÉ DE LA COLINA

Querido Fernando:

Celebro con alegría que el espíritu de Rulfo (quieránlo o no los herederos, que al parecer se proponen registrar a Juan como mera propiedad privada cuando ya es patrimonio universal) haya soplado a través del jurado del premio de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara y que tal areópago te haya otorgado el muy merecido, desde hace mucho, galardón estelar: el más importante, creo, de todos los de tal suerte instituidos en la América de habla española,

y te hago saber que desde que supe la noticia quise, a modo de homenaje, de ovación individual e íntima, releer algo tuyo, algo del tiempo en que nos conocimos, como si se tratara de volver a esa época fundacional de una amistad que si la memoria no me hace trampa comenzó hacia 1957 en esta ciudad de México (que aún no era Esmóxico City) en la casa temporal de nuestro común amigo colombiano y también escritor Antonio Montaña, que, lo sabes, no es un seudónimo o heterónimo mío sino alguien de carne y hueso (“y un pedazo de pescuezo”, según decía un folclor colegial),

a la cual casa en la avenida Sonora casi esquina con avenida Chapultepec llegaste allá por 1956 ó 1957 cuando sentados Antonio y yo frente a frente, con mesa, papelería y máquinas de escribir de por medio, teclábamos nuestros presuntuosos largos párrafos narrativos dizque conradianos, dizque proustianos, dizque Faulknerianos, que de cuando en cuando nos leíamos en voz alta el uno al otro pues competíamos en escribir, a fuerza de gerundios y conjunciones, de incisos y paréntesis, de estirones de la sintaxis, las oraciones más largas (en ocasiones de más de una cuartilla y aún más),

y en una pausa del furioso y gozoso tecleo nos dijiste que acababas de escribir unos cuantos sonetos “algo barrocos” que nos leíste ya con la buena voz de locutor en español de la BBC que un día serías en Londres, sonetos en los que ya entonces advertimos tu loco amor por las palabras (pero había método en tu locura, diría el William paradigmático), esa serena furia que, aun en cuartetos y tercetos, y desde los canónicos catorce versos de once sílabas con acento en la sexta de todo soneto leal al género, ejercía un bien llevado delirio verbal, una escritura automática moldeada por la imperiosa rima, más alguna leve intrusión de un neovocablo, como ocurre en ese *padre paraguas* muy de recomendar a los dolidos de cotidiana música demasiado amorosa, a los aquejados de mañana gris y lloviznosa, a los heroicos cursis extraviados en la ciudad, esos lectores de nubes malignas y de tiernamente chantajistas miradas de perro transeúnte,

y aquí va el poema en la totalidad de sus minúsculas: “mi corazón mojado solicita/ ser hijo de un paraguas cotidiano,/ y graduado en sus alas, tan temprano/ enjuagar las escuelas de visita.// en la lluvia, cerrado, se habilita/ un paraguas alférez en lo ufano,/ y a su cuello de alambre, por lluviano,/ adjudico pañuelos en la cuita.// esqueleto de barco giratorio/ que lo enguajo a lo diario y que lo tiendo/ luego de consabido lavatorio,// escurrido de estrellas lo descendo/ y cobijo le doy en mi jolgorio,/ y a dios componedor se lo encomiendo”,

pieza número 7 de los nueve *Sonetos de lo diario* que en cuatrocientos magros y esbeltos ejemplares, con tipos Bodoni de 12/14 puntos, con viñeta de unicornio dibujado a partir de la espiral por Héctor Xavier, e impresos en noviembre de 1958 en el taller de los maestros tipógrafos Salido Hermanos (Medellín 36) de México D. F., componían el número 21 de los Cuadernos del Unicornio editados por Juan José Arreola, ese extraordinario escritor y generoso suscitador de entonces jóvenes escritores como tú y yo, y que a mí en 1955 me había publicado en la colección Los Presentes un librito que a él le pareció bueno (“entre Charles Louis Philipe y Saroyan”, me dijo) pero del que prefiero callar el título,

y busqué esa *plaque* que, descuidado, me dedicaste “Para Pepe con todo cariño”, así, a Pepe a secas, ¡vaya: con tantos Pepes que hay por el mundo, de modo que yo no puedo fehacientemente presumir de amigo de medio siglo con el ahora premiado por el espíritu de Rulfo!, y la leí como acostumbro leer por las noches: paseando de un extremo a otro y vuelta a empezar por el breve pasillo de mi casa, leyendo en voz alta pero susurrada cuando son versos, y a veces también si es prosa, y esta vez, ay, sin que Polvorilla, mi gata inmortal ya fallecida, haya venido suavemente a morderme los tobillos, como hacía en tales ocasiones porque no me reconocía la voz lectora: era que le parecía la voz de otro, la de un impostor (aunque yo no impostaba), y

recordé que entonces, es decir hace cincuenta años (“¡Ay, tiempo ingrato, qué has hecho!” me susurra Guillén de Castro por el hotmail de la sociedad de los poetas del pasado) Antonio y yo estábamos convencidos de que tú ibas para poeta y luego, años después, nos extrañó que derivases hacia la novela, hacia las grandes novelas de chorrocientas páginas: *José Trigo*, *Palinuro de México*, *Noticias del Imperio*,

pero qué digo, Fernando, si en realidad lo tuyo, aparte de que hayas escrito otros poemas, es hacerle a la poesía a través de la novela, poéticamente violar el género novela, y allí están, por ejemplo, en *Noticias del Imperio* para no ir más atrás, esos

poemas en prosa que son los monólogos de Carlota, momentos de lírico delirio en los que la emperatriz de la íntima, la oscura y desvariada voz, se desangra y se mea y humea y fluye como un alborotado río de palabras, como una sucesión de arias de la locura en perpetuo fluir oscuro y relampagueante entre trozos y trozos de una documentadísima crónica que viola la Historia y la asesina para revivirla en el tiempo/espacio de la superrealidad,

y habría mucho más que decir, pero qué más decir, Fernando, sólo:

¡un abrazo,  
*compañero del alma, compañero!*  
(decía Miguel Hernández, ¿te acuerdas?).

(Desde Río Mixcoac, a las 3 hs. a.m. del 6 de septiembre de 2007) 



Fotografías: *Moramay Herrera Kuri*



# China en un biombo chino

ALBERTO ARRIAGA

Eça de Queirós, *El mandarín*,  
Acantilado, Barcelona, 2007

La historia de la escritura de este relato, acaso una de las mejores muestras del talento de su autor, es un capítulo más de las convulsas y últimas décadas del siglo XIX, marcadas por las discusiones entre naturalistas y románticos. Es con *El mandarín* que Eça de Queirós se aparta totalmente de ambas escuelas para surgir como un escritor diferente, en constante evolución estética.

Eça de Queirós había prometido a Lourenço Malhiero, director del *Diário de Portugal*, una novela en folletín para que saliera por entregas. El resultado fue su obra más voluminosa, *Los Máia*. Igual que otros escritores que vivían de su oficio, Eça de Queirós sintió la necesidad de escribir en medio de la redacción de *Los Máia* un relato alternativo, muy distinto del proyecto que ocupaba la mayoría de su tiempo. Así, entre los días 7 y 18 de julio de 1880 apareció la primera versión de *El mandarín* en el *Diário de Portugal*. Tiempo después, el autor corrigió y enmendó el manuscrito original y se lo entregó al editor Char-dron, quien elaboró un lujoso volumen que apareció ese mismo año en París. Las críticas fueron totalmente adversas. Los actuales editores de *El mandarín* recuerdan una de esas críticas, un artero disparo al corazón de Eça de Queirós que llevó a cabo Reis Dâmaso en *A Vanguardia* el 24 de octubre de 1880: “Este libro ha llegado al público avalado por la

fama de su celebrado autor, fama justamente adquirida por sus admirables trabajos, *El crimen del padre Amaro* y *El primo Basilio*. Pero es precisamente en esto donde radica el gran abuso literario de Eça de Queirós, porque sus trabajos anteriores y su buen nombre no le autorizan a renegar de esa literatura a la que debe su gloria, arrojando al rostro del público, que no hace mucho le aplaudía con entusiasmo, un libro que está muy por debajo de su hermosísimo talento. Eça de Queirós ha abusado de ese público que antes le brindó sus elogios.”

*El mandarín* tiene varias y notorias influencias: el “mobiliario” de *Las flores del mal*, de Baudelaire; Chateaubriand y cierto pasaje de *El genio del cristianismo*: “A pesar de mis vanos subterfugios, oigo en el fondo de mi corazón una voz que grita con tanta fuerza a la sola idea de que yo sea capaz de formular el deseo asesino, que no puedo ni por un momento dudar de la realidad de la conciencia”; y tal vez Rousseau: “Si bastara para convertirse en el rico heredero de un hombre que nunca se hubiese visto, del que nunca se hubiese oído hablar y que viviese en los últimos confines de la China, apretar un botón con el cual se moriría... ¿quién de nosotros no apretaría ese botón, no mataría al mandarín?”

Con escenografía mórbida, oscuramente fastuosa, plenamente decimonónica, Eça de Queirós cuenta la historia

de un funcionario que desde el centro de Lisboa asesina a un remoto mandarín que dedica sus días finales a la construcción de cometas en un quiosco del centro de China. Tiempo después, el protagonista, millonario hiperbólico y en pleno *spleen*, regresa furtivamente a una cámara apartada de un palacio amarillo para recuperar durante unos instantes la caligrafía minuciosa en la que tanta pasión ponía cuando era funcionario, y en una pensión de la Concepción pasaba las tardes entre libros viejos y se enredaba con las viudas de militares. Sobra decirlo, pero hay que hacerlo, que el principal protagonista de este relato es la imaginación con sus caprichosos corredores y recámaras.

*El mandarín* es un punto y aparte de la literatura fantástica. Así como el autor puso en práctica sus personales lecturas de Baudelaire, Chateaubriand, Rousseau y Cicerón, este relato dejó descendencia distinguida, como *La construcción de la muralla china* de Franz Kafka. Eça de Queirós abandonó por un momento su fascinación por el realismo costumbrista, y sus novelas más famosas, como *El primo Basilio*, *El crimen del padre Amaro* o *La ciudad y las sierras*, que han sido *best sellers* en distintas épocas, se apartan radicalmente de *El mandarín*, acaso su auténtica obra maestra, al lado de *El misterio de la carretera de Cintra*. 

# Librerías *del Fondo*



## Juan José Arreola

Ciudad de México. Eje Central Lázaro Cárdenas 24 esquina Venustiano Carranza, colonia Centro, delegación Cuauhtémoc, C. P. 06300. Teléfono: (01-55) 5518-3231, 5518-3225 y 5518-3242. Fax 5518.3235.  
libreria.juanjose.arreola@fondodeculturaeconomica.com



## Rosario Castellanos

Ciudad de México. Centro Cultural Bella Época. Tamaulipas 202 esquina Benjamín Hill, colonia Hipódromo de la Condesa, delegación Cuauhtémoc, C. P. 06170. Teléfonos : (01-55) 5276-7110, 5276-7139 y 5276-2547.

## Daniel Cosío Villegas

Ciudad de México. Avenida Universidad 985 esquina Parroquia, colonia Del Valle, delegación Benito Juárez, C. P. 03100. Teléfono: (01-55) 5524-8933, 5524-1261.  
libreria.daniel.cosio@fondodeculturaeconomica.com



## Salvador Elizondo

Ciudad de México. Aeropuerto internacional de la ciudad de México. Av. Capitán Carlos León González sin número, local 26. Teléfonos: (01-55) 2599-0911 y 2599-0912.

## Antonio Estrada

Durango, Durango. Aquiles Serdán 702, colonia Centro Histórico, C. P. 34000. Teléfono: (01-618) 825-1787 y 825-3156.

## Elsa Cecilia Frost

Ciudad de México. Allende 418, entre Juárez y Madero, colonia Tlalpan Centro, delegación Tlalpan, C.P. 14000. Teléfonos: (01-55) 5485 8432 y 5655 2997.



## El Faro del Nayar

Tepic, Nayarit. Universidad Autónoma de Nayarit, edificio D-7 de la Biblioteca Magna, C. P. 63190. Teléfono: (01-311) 211-8837.  
elfarodelnayar@nayar.uan.mx

## Efraín Huerta

León, Guanajuato. Farallón 416 esquina Boulevard Campestre, fraccionamiento Jardines del Moral, C. P. 37160. Teléfono: (01-477) 779-2439.  
libreria.efrain.huerta@fondodeculturaeconomica.com



## Huytlale

Tlaxcala, Tlaxcala. Avenida Juárez 7, colonia Centro Histórico, C. P. 90000. Teléfono: (01-246) 462-0962.

## IPN

Ciudad de México. Avenida Instituto Politécnico Nacional sin número esquina Wilfrido Massieu, Zacatenco, colonia Lindavista, delegación Gustavo A. Madero, C. P. 07738. Teléfono: (01-55) 5119-2829 y 5119-1192.  
libreria.ipn@fondodeculturaeconomica.com



## Isauro Martínez

Torreón, Coahuila. Matamoros 240 Poniente, Col. Centro, C. P. 27000. Torreón, Coahuila. Teléfono: (01-871) 192-0839 y 192-0840 extensión 112 Fax: (01-871) 192-0841  
libreriaisauro@hotmail.com

## José Luis Martínez

Guadalajara, Jalisco. Librería y distribidora regional. Av. Chapultepec Sur 198, colonia Americana, C. P. 44310. Teléfono: (01-33) 3615-1214, con 7 líneas.  
libreria.joseluis.martinez@fondodeculturaeconomica.com



## Trinidad Martínez Tarragó

Ciudad de México. CIDE. Carretera México-Toluca km 16.5, número 3655, colonia Lomas de Santa Fe, delegación Álvaro Obregón, C. P. 01210. Teléfono: (01-55) 5727-9800 extensiones 2906 y 2910. Fax 5727-2910.  
libreria.cide@fondodeculturaeconomica.com

## Octavio Paz

Ciudad de México. Avenida Miguel Ángel de Quevedo 115, colonia Chimalistac, delegación Álvaro Obregón, C. P. 01070. Tel. (01-55) 5480-1801, 5480-1803, 5480-1805 y 5480-1806. Fax: 5480-1804.  
libreria.octavio.paz@fondodeculturaeconomica.com

## Elena Poniatowska Amor

Estado de México. Avenida Chimalhuacán sin número, esquina Clavelero, colonia Benito Juárez, municipio de Nezahualcóyotl. Teléfono: (01-55) 5716-9070 extensión 1724  
libreria.elena.poniatowska@fondodeculturaeconomica.com

## Ricardo Pozas

Querétaro, Querétaro. Próspero C. Vega números 1 y 3, esquina avenida 16 de septiembre, colonia Centro, C. P. 76000. Teléfono: (01-442) 214-4698 y 215-1143.  
libreria.ricardo.pozas@fondodeculturaeconomica.com

## Alfonso Reyes

Ciudad de México. Carretera Picacho-Ajusco 227, colonia Bosques del Pedregal, delegación Tlalpan, C. P. 14200. Teléfono: (01-55) 5227-4681 y 5227-4682. Fax: (01-55) 5227-4682.  
libreria.alfonso.reyes@fondodeculturaeconomica.com

## Fray Servando Teresa de Mier

Monterrey, Nuevo León. Librería y distribidora regional. Av. San Pedro 222 Norte, colonia Miravalle, C. P. 64660. Teléfono: (01-81) 8335-0319 y 8335-0371. Fax: (01-81) 8335-0869.  
libreria.fray.servando@fondodeculturaeconomica.com

## Julio Torri

Saltillo, Coahuila. Victoria 234, Zona Centro, C. P. 25000. Teléfono: (01-844) 414-9544. Fax: (01-844) 412-0153.  
juliotorri@hotmail.com

## Un paseo por los Libros

Ciudad de México. Pasaje Metro Zócalo-Pino Suárez, local 4, colonia Centro Histórico, delegación Cuauhtémoc, C. P. 06060. Teléfono: (01-55) 5522-3078 y 5522-3016.  
libreriaunpaseo@fondodeculturaeconomica.com

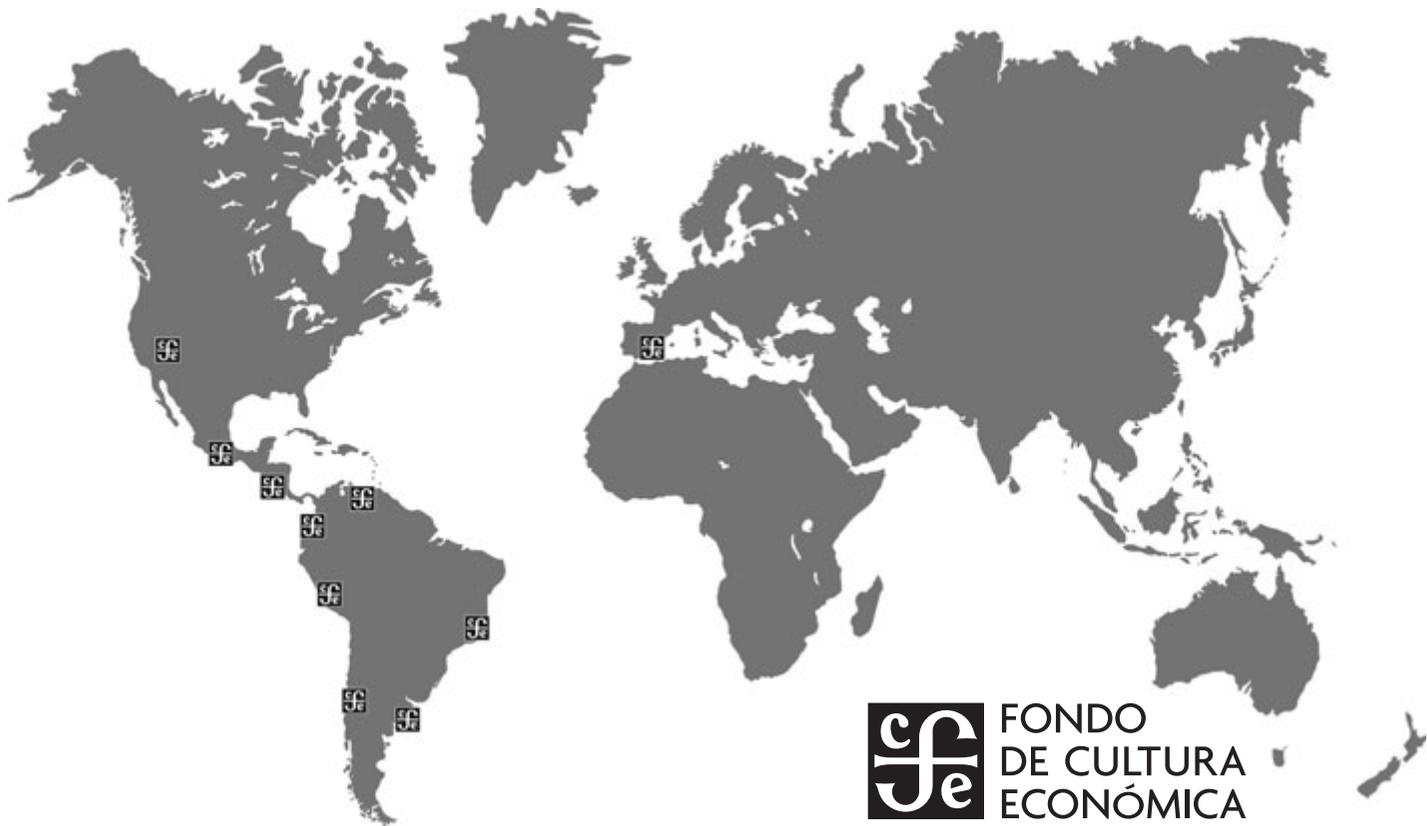
## Victor L. Urquidí

Ciudad de México. El Colegio de México. Camino al Ajusco 20, colonia Pedregal de Santa Teresa, delegación Tlalpan, C. P. 10740. Teléfono: (01-55) 5449-3000 extensión 1001.

## VENTAS NACIONALES

juan.rivas@fondodeculturaeconomica.com  
Carretera Picacho-Ajusco 227, Col. Bosques del Pedregal, Tlalpan, C. P. 14738, México, D. F.  
Tels.: 5227 4655 y 4657  
www.fondodeculturaeconomica.com  
Almacén: José Ma. Joaristi 205, Col. Paraje San Juan, México, D. F.  
Tels.: 5612 1915 y 1975, Fax: 5612 0710

**Los libros que buscas  
de las editoriales que quieras**



**fce** FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA

## FILIALES DEL FONDO

### ARGENTINA

Gerente: Leandro de Sagastizábal  
Sede y almacén:  
El Salvador 5665, C1414BQE  
Capital Federal, Buenos Aires  
Tel. y Fax: (5411) 4771 8977 ext. 19  
leadro.desagastizabal@fce.com.ar  
info@fce.com.ar  
www.fce.com.ar

### CHILE

Gerente: Oscar Bravo  
Sede, almacén y librería:  
Paseo Bulnes 152,  
Santiago de Chile  
Tels.: (562) 5944 100, 110, 115 y 125  
Fax: (562) 5944 101  
obravo@fcechile.cl  
www.fcechile.cl

### ESTADOS UNIDOS

Gerente: Dorina Razo  
Sede y almacén:  
2293 Verus St., San Diego, CA 92154,  
Tel.: (619) 4290 455, Fax: (619) 4290 827  
drazo@fondodeculturaeconomica.com  
www.fceusa.com

### PERÚ

Gerente: Rosario Torres  
Sede, almacén y librería: Jirón Berlín  
238, Miraflores, Lima 18  
Tel.: (511) 4472 848, Fax: (511) 4470 760  
Librería: Comandante Espinal  
840, Miraflores  
Librería: Jirón Julín 387, Trujillo  
rosariotorres@fceperu.com.pe  
www.fceperu.com.pe

### BRASIL

Gerente: Susana Acosta  
Sede, almacén y librería:  
Rua Bartira 351, Perdizes,  
São Paulo CEP 05009-000  
Tel.: (5511) 3672 3397 y 3864 1496  
Fax: (5511) 3862 1803  
aztecafondo@uol.com.br

### COLOMBIA

Gerente: César Aguilar  
Sede, almacén y librería:  
Calle 73, 54-31, Barrio 12  
de Octubre, Bogotá  
Tel.: (571) 4858 585  
caguilar@fce.com.co  
www.fce.com.co

### CENTROAMÉRICA

Gerente: Carlos Sepúlveda  
Sede, almacén y librería: 6a. Avenida  
8-65, Zona 9 Guatemala, C. A.  
Tel.: (502) 2334 1635  
Fax: (502) 2332 4216  
www.fceguatemala.com

### ESPAÑA

Gerente: Marcelo Díaz  
Sede y almacén: Vía de los  
Poblos 17, Edificio Indebuilding-  
Gaico 4-15 28033, Madrid  
Tel.: (3491) 763 2800 y 5044  
Fax: (3491) 763 5133  
Librería: Juan Rulfo,  
C. Fernando El Católico 86  
Conjunto Residencial Galaxia,  
Madrid 28015  
Tels.: (3491) 5432 904 y 960  
Fax: (3491) 5498 652  
mdiazfce@terra.es  
www.fcede.es

### VENEZUELA

Gerente: Pedro Juan Tcat  
Sede y almacén: Edificio Torre Polar  
P. B. Local "E" Plaza Venezuela, Caracas  
Tel.: (58212) 5744 753  
Fax: (58212) 5747 442  
Librería: Av. Francisco Surano  
entre la 2a Avenida de las Delicias  
y calle Santos Erminy,  
Sabana Grande, Caracas  
Tel.: (58212) 7632 710  
Fax: (58212) 7632 483  
fceven@cantv.net  
www.fcevenezuela.com

### VENTAS

antonieta.velazquez@fondodeculturaeconomica.com  
Carretera Picacho-Ajusco 227, Col. Bosques del Pedregal,  
Tlalpan, C. P. 14738, México, D. F.  
Tels.: 5227 4672

www.fondodeculturaeconomica.com

Almacén: José Ma. Joaristi, 205, Col. Paraje San Juan, México, D. F.  
Tels.: 5612 1915 y 1975, Fax: 5612 0710

## Letras sin fronteras

# *Da Vinci y la Mona Lisa*

Eulalio Ferrer



*La Gioconda*, también conocida como la *Mona Lisa*, es una de las obras pictóricas más conocidas en el mundo y ha alcanzado el grado de símbolo de la cultura de masas. En este libro el autor nos ofrece, con su vigoroso estilo, tanto un retrato de la vida y obra de Leonardo como un apasionante relato –pletórico de interesantes referencias– sobre esta obra maestra de la pintura. En él, refiere su origen, su significado en las diferentes épocas: para los renacentistas, los románticos, los vanguardistas y la cultura pop, así como su metamorfosis con el curso del tiempo, al transformarse en símbolo cultural, arquetipo de la belleza femenina, alegoría mística y símbolo eterno del arte occidental.

TEZONTLE